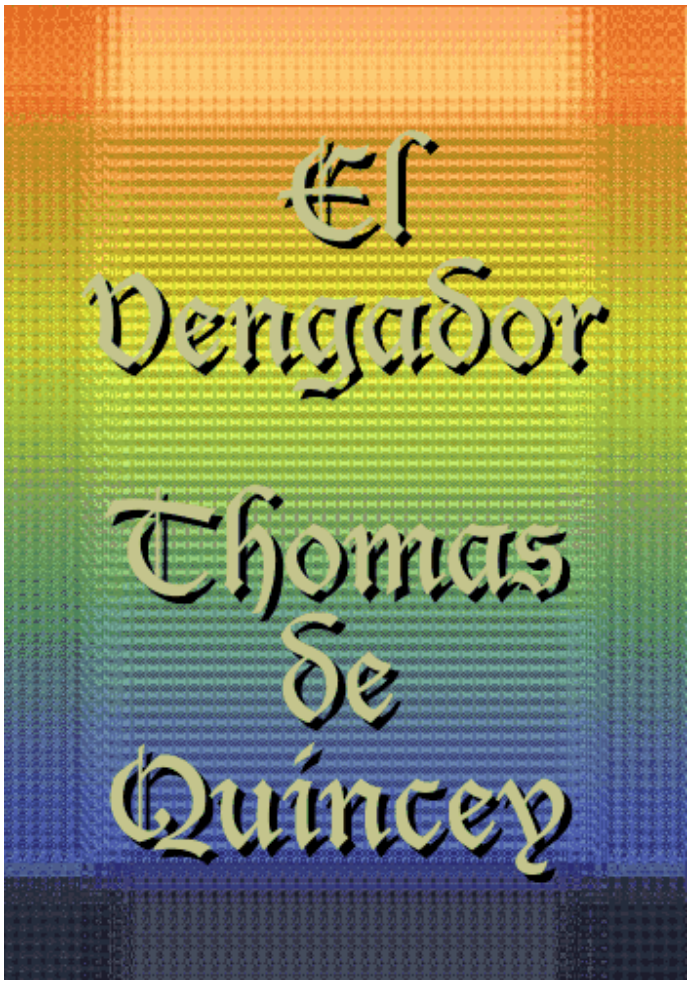
LIBRO dot.com

El vengador

Thomas de Quincey



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

"¿Por qué has de llamarme asesino, y no la ira de Dios ardiendo tras los pasos del opresor, y limpiando una tierra empapada de sangre?"

Aquella serie de espantosos acontecimientos por los que nuestra tranquila ciudad y universidad en la región noreste de Alemania fueran convulsionadas durante el año de 1816, posee en sí misma, aunque se la considere simplemente como un obscuro arrebato de la pasión felina del humano, rondando sin cadenas entre los hombres, algo demasiado memorable para ser olvidada sin su propia y apartada crónica. Pero la lección moral generada por esos eventos es aun más memorable, y profunda atención merece por parte de las generaciones venideras en su lucha por el progreso de la humanidad, no sólo en su propio y limitado campo de interés directamente animado sino en todos los campos análogos; como de hecho ya, y en más de una ocasión, frente a similares eventos, esa lección ha obtenido la eficaz atención de reyes cristianos y soberanos reunidos en asamblea. Ninguna, ciertamente, de entre todas las penosas tragedias por las que la bondad del corazón humano o el hogar han sido ultrajados, puede ser más merecedora de un capítulo aparte en la historia privada de los modales o la vida social alemanes que este caso sin paralelo. Y, por otra parte, nadie mejor para reclamar el ser su historiador que yo mismo.

Era en aquellos tiempos, y continúo siendo, un profesor en esa ciudad y universidad que tuvieron la lúgubre distinción de ser su teatro. Estaba familiarizado con todas las gentes del lugar, y asimismo con quienes serían las víctimas y los victimarios. Me hallé presente desde el comienzo hasta el fin, presenciando absolutamente todo el curso de la misteriosa tormenta que arreció sobre nuestra devota ciudad con la fuerza de los huracanes del oeste de la India, y que en determinado momento amenazó seriamente con despoblar nuestra universidad merced a las oscuras sospechas nacidas entre sus miembros y la natural reacción de indignación general en su contra; mientras que la ciudad, en sus más sedentarias y nativas clases, muy pronto manifestaría *su* espantosa sensación sobre las cosas, sobre la horrenda inseguridad con que vivían y los inestimables peligros que socavaban los hogares bajo sus propios pies, haciéndoles sacrificar, cuando las circunstancias lo permitían, sus casas y hermosos jardines a cambio de días libres de espanto y noches limpias de sangre. Nada, digo sin miedo a equivocarme, dejó de hacerse, de todo aquello que la previsión humana sugiere o que en su ingenuidad puede conseguir. Mas vean el melancólico resultado: mientras con mayor seguridad ciertas determinaciones que atormentaron a la gente tenían en realidad el fin de constituirse como remedios para el mal, mucho más efectivamente ayudaron a fomentar el terror, pero sobre todo el pánico, la sensación de misterio, cuando diez casos de total exterminio infligidos a distintos hogares tuvieron lugar, en cada uno de los cuales tales curas precautorias no proporcionaron el menor auxilio. El horror, el completo frenesí de temor que se apoderó de la ciudad luego de tales sucesos, impide cualquier intento de describirlo. Estos muchos artificios fallaron sólo en algún humano e inteligible modo, como el de llevar esa ayuda demasiado tarde -con todo, en esos casos, aun cuando el peligro hubiese sido no menos profundo, nadie habría sentido mayor misterio, desde un principio, respecto de qué rondaba entre ellos y sobre los

motivos de sus asesinos. Pero, sin embargo, cuando ante diez casos distintos de exterminio la desconcertada policía luego de investigar intensamente, día tras día, y casi hasta agotar su paciencia con cada detalle de la pesquisa, declaró finalmente que al parecer no hubieron atentados, que ninguna de las pistas se movían en esa dirección, entonces, luego de ese resultado, una oculta miseria hija del temor se apoderó de la población, mucho peor que la angustia de cualquier ciudad que aguarda la tormentosa furia de un enemigo victorioso; en cuanto lo sombrío, lo incierto, lo infinito, es siempre más poderoso al tomar dominio de la mente que un peligro conocido, mensurable, palpable y humano. La misma policía, en lugar de procurar ánimo y protección, fue víctima de un terror por su propia suerte. Y el sentir general, tal como me fue descrito por un circunspecto ciudadano al que conocí en una caminata matutina (gracias al sobrecogedor sentimiento de una calamidad pública que rompió todas las barreras de la reserva, y ocasionó que los hombres se hablasen libremente unos a otros en las calles, como también lo hubieran hecho durante los temblores de un terremoto), fue, aun entre los más osados, similar al que en ocasiones se apodera de la mente en sueños -cuando uno se siente a sí mismo durmiendo solo, ajeno totalmente a cualquier llamado telefónico o voces de amigos, puertas abiertas que deberían estar cerradas, o puertas sin seguro que deberían tenerlo triple, las propias paredes desaparecidas, barreras tragadas por desconocidos abismos, nada alrededor de uno más que débiles cortinas, y un mundo de noche ilimitada, murmullos en la distancia, correspondencia intercambiada en la oscuridad, como un profundo llamado, y el propio corazón del soñador el centro desde donde toda esa red de inimaginable caos fluye, debido a lo cual las meras *privaciones* de silencio y oscuridad se vuelven los poderes más *absolutos* y espantosos.

Agentes del temor, entre tantos otros sentimientos, y sobre todo de la pasión compartida entre miles y en la cual el corazón late en consciente armonía con una ciudad entera, a través de todas sus regiones altas y bajas, jóvenes y antiguas, fuertes y débiles; estos agentes aprovechan para acrecentar y transfigurar las naturalezas de los hombres; mentes indignas tornándose sublimes; hombres torpes volviéndose elocuentes; y cuando la realidad alcanzó semejante crisis, el sentimiento general, dado a conocer mediante voces, gestos, conductas o palabras, fue tal que ningún extraño podría jamás representarlo a su antojo.

En este sentido, por lo tanto, conté yo con la ventaja, hallándome por encima de la escena a través de todo el devenir del asunto, para ofrecer una fiel narración; mientras, al mismo tiempo, adquiría mayor eminencia dada la suerte de situación central que yo ocupaba respecto de todos los movimientos del caso. Debo agregar que tuve otra ventaja que, al menos en el mismo grado, ningún otro habitante de la ciudad poseía. Fui personalmente presentado a cada familia, incluso a las de menores recursos, que formaba parte de la población residente; tanto de entre la más antigua gente local como de los nuevos pobladores, a quienes las más recientes guerras habían llevado a refugiarse entre nuestras paredes.

Fue en septiembre, en 1815, cuando recibí una carta del Secretario en Jefe del Príncipe de M***, un noble conectado con la diplomacia de Rusia, de la cual cito un extracto: “Deseo, en resumen, entregar a su cuidado, y con una aplicación en ello mayor que mi propia capacidad de transmitírselo, a un joven hombre por quien el propio Zar, se conoce privadamente, a expresado enorme interés. Él participó de la batalla de Waterloo como un *aide-de-camp* de un Oficial General holandés, y lo engalanan varias distinciones obtenidas luego de ese nefasto día. Con todo, aun habiéndose desempeñado en aquella ocasión bajo

órdenes inglesas, y siendo un inglés de rango, él no pertenece al servicio militar inglés. Ha servido, joven como es, bajo *varias* banderas, y bajo la nuestra en particular en la caballería de nuestra Guardia Imperial. Es inglés de nacimiento, sobrino del Conde de E***, y presunto heredero de sus inmensos bienes. Circula una extraña historia acerca de que su madre fue una gitana de notable belleza, lo cual explicaría en parte ese aire moruno en su aspecto; pero, en definitiva, *ello* no le representa rasgos mucho más acentuados que los que he visto entre tantos otros hombres ingleses. Él es una de las criaturas de Dios de más noble apariencia. Su padre y su madre, de todos modos, ahora se hallan muertos. Desde entonces se ha vuelto el favorito de su tío, quien lo retuvo en Inglaterra luego de que el emperador partiera; y como este tío se encuentra ahora en la fase final de su enfermedad, la sucesión de los vastos bienes familiares del Sr. Wyndham es inevitable y probablemente muy próxima a efectuarse. Mientras tanto, él está ansioso por recibir alguna asistencia en sus estudios. Intelectualmente, se encuentra entre las más altas esferas del hombre, algo que, estoy seguro, no tardará usted en descubrir; pero su largo servicio militar y el tumulto sin paralelo de nuestra historia europea desde 1805, han interferido (como usted podrá imaginar) en la cultivación de su mente; pues se incorporó al regimiento de caballería de un poderío alemán siendo apenas un niño, y cambió de servicio en servicio según el huracán de la guerra soplara de un sitio u otro. Durante la anábasis de Francia a Moscú entró en nuestro servicio, se convirtió en un prodigioso favorito de toda la familia imperial, y aun en este momento se halla recién en su año número veintidós. Sobre sus logros, ellos hablan por sí mismos; son infinitos y aplicables a cualquier situación de la vida. Griego, eso es lo que desea de usted; no pregunte sobre plazos. Él sabrá reconocerle cualquier inconveniente que pudiera ocasionar, pues esa es su forma de ser. Y dentro de diez años podrá usted ver hacia atrás con orgullo por haber contribuido con su parte a la formación de alguien a quien todos aquí en San Petersburgo advierten, no sólo soldados sino también diplomáticos, ciertamente como un futuro gran hombre y un líder entre todos los intelectos del cristianismo.”

Dos o tres cartas siguieron a ésta, y finalmente se arregló que el señor Maximilian Wyndham residiría en mi casa monástica por el lapso de un año. Tendría su mesa y una dotación de sirvientes, por su propia cuenta; un departamento con aproximadamente una docena de habitaciones; el uso irrestricto de la biblioteca; entre algunos otros privilegios públicos complacientemente concedidos por la magistratura de la ciudad, por lo cual me pagaría a cambio la cifra de mil guineas; y sin tardar, por adelantado, como muestra de agradecimiento por las cortesías públicas de la ciudad, envió a través de mis manos una contribución de trescientas guineas a las muchas instituciones locales para la educación de los pobres o de caridad.

El Secretario Ruso intercambió posteriormente correspondencia conmigo desde un pequeño pueblo alemán, a no más de ciento sesenta kilómetros de distancia; y, puesto que disponía de mensajeros especiales, las negociaciones avanzaron tan rápidamente que todo fue resuelto antes de finalizar Septiembre. Y una vez sellado ese acuerdo, yo, que hasta el momento no había pronunciado una sílaba acerca de lo que estaba sucediendo, ahora daba libertad a las interesantes noticias, y consentí su expansión a través de toda la superficie de la ciudad. Será fácil imaginar que semejante historia, lo suficientemente romántica ya desde su primer esbozo, merecía ser relatada. Un hombre inglés, para empezar, cuyo nombre es en sí mismo un pasaporte al amparo alemán, pero mucho más desde las últimas memorables guerras que, mientras que para los hombres ingleses significaran languidecer

en esfuerzos inconexos, él, por su lado, era un inglés de rango y de la alta nobleza, un soldado cubierto con brillantes distinciones y en la más brillante forma de servicio. Joven, además, y por su experiencia ya un veterano -fresca, por la más espantosa batalla en este planeta desde el día de Pharsalia-, radiante con el favor de cortes y damas imperiales. Finalmente (que por su sola cuenta despertaría un interés por él en todos los corazones femeninos), un Antino de intachable belleza, como una estatua griega a la que la vida hubiese sido soplada dentro por un moderno Pigmalión. Semejante pompa de regalos y dotes adornando la cabeza de un solo hombre, no debía de tener como solo fin la consumación vulgar (y, aun así, en gran medida esta *sería* la única consumación y corona de todo) de que su destino fuera ser rico más allá de los sueños románticos o las necesidades de un cuento de hadas. Sin igual fue la impresión nacida sobre nuestra aletargada sociedad; cada lengua se ocupaba de discutir de la mañana a la noche sobre el maravilloso joven inglés; cada fantasía femenina se ocupaba de representar el aspecto personal de esta vistosa aparición.

Con su llegada a mi casa, me torné sensible a una verdad que yo ya había observado algunos años atrás. La máxima, hecha lugar común, dice que es peligroso crearse muy altas expectativas. Esto, que así es expresado en forma general, y sin ninguna limitación, es una verdad condicionada: lo es sólo en ese momento y lugar donde existe poco mérito sobre el cual sostener y justificar esa expectativa. Pero en cualquier caso en que el mérito posee determinada trascendencia, siempre es útil llevar la expectativa a su punto más alto. En todo aquello que tome parte del infinito, las más ilimitadas esperanzas hallarán buen lugar para satisfacerse; mientras que cierto es que los observadores comunes, debido a su poca sensibilidad, excepto allí cuando se les ha advertido qué esperar, fallarán generalmente al intentar reconocer aquello que existe en el más conspicuo esplendor. En este caso, ciertamente no hizo daño al objeto de la expectativa el hecho de que se me advirtiera la magnificencia de aquello con lo que iba a encontrarme. La recomendación, en principio, me puso a aguardar cualquier eminencia y majestuosidad que pudiese haber en su apariencia personal; llegado el momento, esto apareció con tal exceso, superando por tanto cualquier cosa que yo hubiese conocido jamás en mi experiencia, que ninguna expectativa que fuera posible poner con palabras hubiese podido resultar defraudada.

Estos pensamientos viajaban a la velocidad de la luz en mi cerebro, al tiempo que en una fugaz mirada mis ojos se posaron sobre esta forma suprema de belleza y poder que parecía haberse desmontado de una nube para presentarse ante mí. El poder, y la contemplación del poder, en cualquier encarnación absoluta de grandeza o exceso, tiene necesariamente el instantáneo efecto de sofocar toda perturbación. Mi compostura fue restaurada en un momento. Lo miré fijamente. Ambos nos inclinamos. Y, en el momento en que alzó su cabeza luego de esa inclinación, yo atrapé la mirada de su ojos; unos ojos semejantes que sólo podían haber sido buscados para una cara de igualmente nobles facciones

“Combinando la naturaleza de las estrellas
con aquello que habita en los cielos de verano;”

y, por lo tanto, hecho por naturaleza para ser residencia y órgano de serenas y apacibles emociones; pero me sorprendió, al tiempo que casi me llenó más de consternación que de piedad, el observar que en esos ojos un atisbo de tristeza se había instalado más profundo de lo que parecía posible para un joven, o casi conmensurable para un pena humana; una

tristeza que le asentaría a un profeta judío al encontrarse abrumado por la aflicción.

Dos meses habían transcurrido ahora desde la llegada del Sr. Wyndham. Él fue universalmente presentado a la más alta sociedad del lugar y, casi no me es necesario decirlo, siempre recibido con gratitud y distinción. En realidad, su riqueza e importancia, sus honores militares y la dignidad de su carácter, expresados por sus modales y conducta, eran demasiado eminentes como para permitir que se lo tratara con menos que la más alta atención en cualquier sociedad que fuera. Pero el efecto de todas esas ventajas, alentadas y sugeridas como estaban por una belleza personal tan preciosa, fueron en algún modo demasiado potentes para la comodidad y tranquilidad de la gente común; y realmente excedieron en un penoso grado las normales pretensiones bajo las cuales dichas personas podían sentirse bien con ellas mismas. Él no era por naturaleza una persona reservada; lejos de esto. Era bien dispuesto y efusivo, sincero y confidente, en principio; y su errante, aventurera vida, de la cual bastante más de la mitad había transcurrido en las campañas, le había comunicado a sus modales una franqueza por demás militar. Pero la profunda melancolía que lo poseía, cualquiera fuera su causa, generaba necesariamente la libertad natural de su comportamiento, excepto cuando era reanimada por la fuerza de la amistad o por el amor. El efecto fue incómodo y embarazoso para todos. Las voces siempre se silenciaban o vacilaban cuando él entraba a un lugar -un silencio de muerte era el resultado- ningún ojo lo apuntaba directamente, sino que, sumidas en la timidez, las miradas se posaban en el suelo; y las jóvenes damas realmente perdieron el poder, durante un tiempo, de hacer más que murmurar algunos sonidos y sílabas confusos y a medio articular. De hecho, la solemnidad de la primera presentación y la expresa imposibilidad de recuperar pronto una libre y poco penosa conversación, creaba escenas realmente angustiantes para todo aquel que participara de ellas, tanto para sus protagonistas como para sus espectadores. Ciertamente este resultado no fue un efecto puro de la belleza masculina, ante todo heroica, y en todo caso excesiva: provenía, en parte, de los muchos y extraordinarios dotes que se concentraban en su persona, no menos debidos a la fortuna que a la naturaleza; en parte también, como he dicho, de la profunda tristeza y escalofriante gravedad de los modales del Sr. Wyndham; pero, asimismo, aun más del perturbador misterio que rodeaba esa tristeza.

¿No había allí, entonces, ninguna excepción a este estado de monumental admiración? Sí; al menos una en cuyo seno el hechizo de todopoderosa pasión pronto derritió hasta el último trazo de helada reserva. Mientras el resto del mundo evidenciaba una confusa sensación de pavor frente al señor Wyndham, Margaret Liebenheim sólo prestaba oídos a un sentimiento tan maravilloso que únicamente podía ser destinado a ÉL. Jamás existió tan victoriosa conquista intercambiada entre dos corazones juveniles; jamás semejante rapto de instantánea armonía. Yo no presencié el primer encuentro de este misterioso Maximilian y esta magnífica Margaret, y desconozco si Margaret manifestó esa trepidación y desconcierto que acongojaban a tantas de sus jóvenes rivales; pero, si así sucedió, debió desaparecer luego de la primer mirada de los ojos del joven muchacho, que debió interpretar, más allá de todo malentendido, el homenaje de su alma y la rendición de su corazón. Su tercer encuentro *sí* lo presencié; y allí cualquier sombra de vergüenza se había desvanecido, excepto, de hecho, la de esa vergüenza que se adhiere a una vehemente admiración. Por el lado de Margaret, parecía que un nuevo mundo había amanecido sobre ella, diciéndole que no sabía tanto como creía acerca de las capacidades de la experiencia

humana. Se sentía un pájaro, con poderes para remontarse y volar que nunca antes habían sido ejercitados ni comprendidos y que jamás, hasta entonces, habían encontrado un elemento etéreo capaz de sustentar sus alas, o tentarla a poner delante de ella sus más ligeros instintos. Él, por su parte, veía por primera vez realizarse sus sueños, y por una mera posibilidad que hacía tiempo contemplaba muy profundamente -temiendo, no obstante, que en su propio caso esto podría terminar comprobándole una quimera o el hecho de que quizás nunca conocería a una mujer que respondiera a las demandas de su corazón-, había hallado ahora una realidad que se correspondía con ello y no dejaba ya otra cosa que perseguir.

Aquí, entonces, y hasta ese momento, nada excepto felicidad había resultado de esa nueva relación. Pero si esto había sido poco anticipado por muchos, tanto menos había yo, por mi parte, previsto la infeliz revolución que se forjaba en la naturaleza toda de Ferdinand von Harrelstein. Él era hijo de un Barón alemán; hombre de buena familia pero de pequeña hacienda, que había estado muy cerca de ser un soldado de fortuna en el servicio prusiano y que había, más tarde en su vida, ganado el suficiente apoyo del rey y de otros superiores militares para lograr la temprana perspectiva de obtener un nombramiento, bajo prometedores auspicios, para su único hijo -un hijo cariñoso con él como compañero en años de poca prosperidad y un niño debidamente afectuoso. Ferdinand poseía aun más motivos para el afecto de su padre: sus rasgos preservaban en la fiel remembranza del Barón, la más pura y viva memoria de esa angelical esposa que había muerto al dar a luz a su tercer hijo -el único de ellos que la sobrevivió largamente. Ansioso por iniciar a su hijo en algún curso regular de instrucción en matemáticas, algo que cobraba anualmente cada vez más importancia en los servicios de artillería de toda Europa, y por prodigarle nociones en otros estudios liberales que él lamentaba haber descuidado en su propia carrera militar, el barón eligió enviar a su hijo durante los últimos siete años a nuestro colegio, hasta entonces, cuando se acercaba a sus veintitrés años. Por el espacio de los últimos cuatro, él vivió conmigo como el único pupilo que tenía a mi cargo, o pensaba tener, hasta que los brillantes propósitos del joven guardia ruso me persuadieron de claudicar en tal resolución. Ferdinand von Harrelstein poseía buenos talentos, no deslumbrantes, pero sí respetables; y tan afables eran sus modales y temperamento que yo lo presentaba dondequiera que iba, y siempre era allí el favorito; por cierto que en todos lados, excepto precisamente allí donde, en todo este mundo, carecía de acogida. Margaret Liebenheim; ella era lo que él amaba, y había amado por años, con toda la pasión de su ardiente alma; era por quien, o para quien, hubiese muerto gustosamente. De inmediato, sintió que en manos de ella reposaba su destino; que ella debía ser su genio divino o su genio malvado.

Al principio, y acaso también al final, lo compadecí extremadamente. Pero mi compasión pronto cesó, para confundirse con respeto. Antes de la llegada del Sr. Wyndham, se había mostrado generoso, ciertamente magnánimo. Pero nunca hubo más dolorosa caída de una noble naturaleza como la que él mismo manifestaría. Creo que ni siquiera él sospechó la fuerza de su pasión; y su único recurso, como a menudo he dicho, fue el de abandonar la ciudad para empeñarse activamente en distintas empresas, ambiciones o cuestiones de ciencia. Pero él me escuchó tanto como podría haberlo hecho un sonámbulo, soñando con los ojos abiertos. A veces daba muestras de arrobamiento, resolución, temor, agitación; a veces rompía en maniáticos impulsos de cólera, invocando a personas ausentes, rezando,

suplicando, amenazando a algún etéreo fantasma; a veces se escurría en solitarios rincones, murmurando consigo mismo, y con gestos dolorosamente significativos, o con sonidos y reproches que moverían a compasión al más insensible. Aun así, prestó oídos sordos al único consejo práctico que tuvo la chance de llegar a ellos. Como un pájaro bajo la fascinación de una serpiente de cascabel, él no lograría reunir la energía en su interior para lograr el esfuerzo de alejarse volando. "¡Vete mientras puedas!", decían otros, al igual que yo, que había visto lo suficiente como para temer alguna terrible catástrofe. "¡No nos dejes caer en tentación!", le decía su confesor al alcance de mi oído (porque, aun siendo prusianos, los Von Harrelsteins eran Católicos Romanos), "¡no nos dejes caer en tentación!": esa es nuestra oración diaria a Dios. "Y cuando, hijo mío, cayeras en la tentación, no persistas en ella, niégate, casi tentando a la tentación. Prueba los efectos de la abstinencia, al menos por un mes." El buen padre hizo incluso la propuesta de imponerle una penitencia, que involucraría la abstinencia durante cierto tiempo. Pero se vio obligado a resignarse; pues notó que, en lugar de hacerle algún bien, sólo añadiría desobediencia espiritual a las otras culpas del joven. El propio Ferdinand dirigió su atención a *esto*, diciendo: "¡Reverendo Padre! Podría ser usted mismo, con el propósito de alejarme de la tentación, el instrumento que me tentara a rebelarme contra la Iglesia. No ponga usted obstáculos en mi camino; estos ya están allí, y son muchos." El viejo, con un suspiro, desistió.

Luego sucedió que... ¡pero basta! De la lástima, de la compasión, de los consejos, del consuelo, del desdén... de cada una de esas cosas similares el pobre ciervo agobiado se "refugió en el yermo", errando durante días en los lugares más solitarios del bosque; deambuló, como aún yo esperaba y rezaba por ello, con un buen propósito y por un largo adiós. Pero, ¡ay!, no: aun así volvió de este recorrido por su desmoronada felicidad y sepultadas esperanzas, a cada regreso, viéndose más como las ruinas de su anterior persona; y en cierta ocasión pude oír la penetrante observación de un monje, cuyo monasterio se erguía cerca de las puertas de la ciudad: "Allí va alguien igualmente preparado para hacer o para sufrir, y de quien pronto habremos de escuchar que se ha visto envuelto en una gran catástrofe; que puede ser de profunda calamidad; que puede ser de memorable culpa."

Tales eran las cosas que estaban sucediendo. Enero llegaba a su fin; el clima se hacía más y más invernal, fuertes vientos y un intenso frío recorrían nuestras angostas calles; y aún así, el espíritu de festividad social se alzaba desafiante a las tormentas que cantaban a través de nuestros antiguos bosques. Por el accidente de que nuestra magistratura fuera nombrada por los comerciantes de la ciudad, las hospitalidades del lugar fueron más abundantes de lo que de otro modo hubieran sido; para cada miembro de la corporación fueron designados oficialmente, en su nombre, dos eventos anuales. Y tal fue la rivalidad que prevaleció que, con frecuencia, una cuarta parte de los ingresos de todo del año fue utilizada para esas galas. Con todo, nada de ridículo había en lo ocurrido hasta aquí; lo costoso de todo este entretenimiento era entendido como una expresión de orgullo *oficial*, en honor de la ciudad, y no como un esfuerzo de ostentación personal. Ocurrió luego que, merced al espíritu originado en esos bailes de mitad de año, ofrecidos en nombre de la ciudad, cada forastero de categoría era considerado como un invitado de privilegio, y la hospitalidad de la comunidad era igualmente afrentada por caer en falta respecto de no ofrecer o de no aceptar la invitación.

Desde aquel momento, el guardia ruso sería presentado a varias familias que de otra forma no hubieran contado nunca con tal distinción. Durante el anochecer al que ahora me aproximo, el del veintidós de enero de 1816, la ciudad entera, en sus clases más acaudaladas, se había formado en asamblea bajo el techo de un comerciante con el corazón de un príncipe. Nuestro entretenimiento fue soberbio en todo aspecto, y yo he remarcado que la música fue la más delicada que hubiera escuchado por años. Nuestro anfitrión se hallaba invadido por un espíritu de júbilo; orgulloso de reconocer la espléndida compañía que había reunido bajo su techo; feliz de presenciar su felicidad; regocijado con su regocijo. Alegre fue el baile -alegres eran todos los rostros que vi- cerca de la medianoche, luego del cual muy pronto fue anunciada la cena, y que también, creo, fue el más alegre de todos los banquetes que alguna vez hubiera presenciado. El discreto guardia se opacó a sí mismo en esplendor; incluso a su relajada melancolía. De hecho, ¿de que otro modo podría haber sido?; cerca suyo se hallaba sentada Margaret Liebenheim -usando las palabras de él- más radiante y cautivadora de lo que jamás la hubiese contemplado. Allí había sido ubicada por el anfitrión, y todos sabían por qué. Ese es uno de los lujos vinculados al amor; todos los hombres ceden sus lugares con placer; las mujeres hacen camino. Incluso ella misma sabía, aunque no estaba obligada saberlo, por qué había sido sentada en ese sitio; y tomó su lugar, si bien con las mejillas tenuemente ruborizadas, con el corazón aun más pleno de alegría.

El guardia presionó hacia adelante, como en solicitud, la mano de la señorita Liebenheim para el baile siguiente; un movimiento que ella fue pronta en complacer, aunque buscó amparo tras una o dos personas, de otra que parecía dirigirse directo hacia ella. Nuevamente, la música comenzó a hacer fluir sus voluptuosas mareas a través de las aceleradas palpitaciones de la joven compañía; nuevamente, los livianos pies de los bailarines comenzaron a responder a los compases; nuevamente, el espíritu cabalgante del deleite comenzó a llenar el viaje de la apresurada noche con continua inspiración. Todo transcurría felizmente. Apenas había finalizado un baile; algunos paseaban por el lugar, tomados del brazo de sus compañeros; otros se reponían de sus esfuerzos; cuando... ¡Por todos los cielos! ¡qué alarido! ¡qué alboroto se formó!

Cada ojo se dirigió hacia las puertas -cada ojo se esforzó por descubrir aquello que entraba. Pero allí, a cada momento, menos podía verse con la creciente muchedumbre que se interponía más y más en esa visión; mucho mayor fue el escándalo debido a los gritos que multiplicaban a los gritos. La señorita Liebenheim bajó hacia el lugar del tumulto. Por su altura superior, veía por encima de todas las mujeres detrás de las que estaba parada. En el centro se hallaba una joven campesina cuyas facciones le eran familiares desde hacía algunos meses. Había llegado recientemente a la ciudad, y vivía con su tío, un comerciante -a no más de diez puertas de la propia residencia de Margaret-, un poco en términos de su relación de parentesco, otro poco a prueba como criada. En ese momento se encontraba exhausta por la agitación y la naturaleza de la conmoción vivida. Simple pánico parecía haberse apoderado de ella, y estaba recostada, inconsciente y sollozando sobre el hombro de algún caballero que se esforzaba por calmarla. Un silencio de horror parecía haber poseído a la compañía, de la cual la mayor parte seguía desconcertada en cuanto a las causas de la alarmante interrupción. Unos pocos, no obstante, quienes habían oído sus primeras agitadas palabras, viendo que esperaban en vano por alguna explicación más completa, embistieron desordenadamente fuera del salón de baile a satisfacer aquello en ese lugar. La distancia no era mucha, y al cabo de cinco minutos varias personas regresaron precipitadamente, y exclamaron al grupo de damas que todo lo que la joven había dicho era

verdad. “¿Qué era verdad?”. Que la familia de su tío, el señor Weishaupt, había sido asesinada; que ni un solo miembro de la familia se había salvado -a saber; el propio señor Weishaupt y su esposa, ninguno de ellos muy por encima de los sesenta, pero ambos achacosos para su edad; dos hermanas solteras del señor Weishaupt, de cuarenta a cuarenta y seis años de edad, y una anciana doméstica.

Un incidente ocurrió durante la narración de esos horrores y de los detalles que le siguieron, que proporcionó material para conversación incluso en esas horas en que un interés tan conmovedor había poseído todas las mentes. Muchas damas se debilitaron, incluso la señorita Liebenheim, -que hubiese caído al piso de no ser por Maximilian, quien brincando hacia adelante la tomó por los brazos. Tardó bastante en volver en sí misma y, durante la agonía de su incertidumbre, él se inclinó y besó sus pálidos labios. Esa escena fue más de lo que podía tolerar alguien que se hallaba parado un poco detrás del grupo. Ésta embistió hacia adelante, con los ojos fulgurando como los de un tigre, y asestó un golpe a Maximilian. Era el pobre, desquiciado, Von Harrelstein, que había estado ausente en los bosques por una semana. Muchas personas se adelantaron y observaron su brazo, alzado como para repetir aquel ultraje. Uno o dos pudieron imponerse a él y lograron llevárselo del lugar; mientras tanto, Maximilian, tan absorto se encontraba que casi no había percibido el agravio en su contra. Margaret, volviendo en sí, estaba confundida al verse situada a ella misma en medio del gran amontonamiento de gente; con todo, algunos puritanos se quejaban de que había una mirada de amor intercambiada entre ella y Maximilian, que no podía permitirse en semejante situación. Si ellos, con ‘semejante situación’, se referían a una tan pública, también debe ser mencionado que se trataba de circunstancias de excesiva agitación; pero si ellos aludían a los horrores del momento, ninguna situación abre más naturalmente el corazón al afecto y la confidencia que las surgidas de escenas de exquisito terror.

Un reconocimiento se realizó esa noche frente a los magistrados, pero todo fue oscuro; no obstante, existieron sospechas vinculadas a un negro llamado Aaron, quien ocasionalmente había sido empleado para servicios de criado por la familia, y se encontraba en la casa inmediatamente después de los asesinatos. La circunstancias fueron tales que dejaron a todas las personas en completa perplejidad respecto de la presunción por y en contra de él. Su modo de defensa y su comportamiento en general estaban marcados por la más fría, sino la más irónica indiferencia. La primera cosa que hizo al conocer todas las sospechas en su contra fue reír ferozmente y, en apariencia, de la forma más sincera y natural. Alegó que, un pobre hombre como él ¿hubiese abandonado todas esas riquezas como las que aún había diseminadas visiblemente dentro de esa casa -relojes de oro, valiosa vajilla, tabaqueras de oro-, intactas? Ese argumento, ciertamente, pesó mucho a su favor. Y, nuevamente, fue vuelto en su contra, cuando el magistrado le preguntó cómo era que *él* sabía ya que nada había sido tocado. Cierto era -y un hecho que enigmatizaba no menos de lo que pasmaba a los magistrados-, que, tras su examen de las premisas, muchos opulentos artículos de joyería, alhajas y ornamentos personales fueron hallados descansando inmaculados y, aparentemente, en sus sitios habituales; artículos tan portátiles que hasta en la más precipitada huída cualquiera podría haberlos cogido. Había, en particular, un crucifijo de oro enriquecido con joyas tan notables y extrañas que por sí solo constituía un botín de gran magnitud. Aun así permaneció intacto, suspendido en el pequeño oratorio que tan magníficamente había adornado la mayor de las hermanas solteras. Allí había un altar, en sí mismo un objeto espléndido, amueblado con artículos individualmente de los más costosos

materiales y mano de obra, para la celebración de misas privadas. Este crucifijo, así como todo lo demás en el pequeño gabinete, debía haber sido visto al menos por uno de los asesinos, puesto que una de las mujeres había corrido por todas partes; y por todas partes uno de los asesinos la había perseguido. Ella se había aferrado a una de las columnas doradas que sostenían el altar, acaso posando su postrera mirada moribunda sobre el crucifijo; pues, a pesar de su agonía, y todavía con el brazo rodeando el pie del altar, había girado su cabeza, tal como la hallaron los primeros magistrados que derribaron la puerta de calle. Y sobre el bello parquet o piso incrustado que rodeaba el cuarto, continuaban estampadas las huellas de los pies del asesino. Éstas, se esperaba, constituirían una buena pista para descubrir al menos a uno de los asesinos. Fue bastante dificultoso rastrearlas correctamente; pues aquellas partes de los indicios que se encontraban sobre los mosaicos negros, eran mucho menos distinguibles que las otras sobre los blancos o colorados. Sin duda alguna, según se avanzó en esta cuestión, representaba una circunstancia negativa que respaldaba al negro, dada la gran diferencia que presentaba la silueta de esas huellas con las suyas, además de ser más chicas, siendo Aaron un hombre de colosales proporciones. Acerca de su conocimiento sobre el estado en que las evidencias habían sido encontradas, y de su seguridad sobre el hecho de que ningún robo había tenido lugar allí, como argumentos a su favor, sostuvo que él mismo había formado parte del gentío que irrumpió en la casa junto con los magistrados; que, por su conocimiento previo de las habitaciones y su estado normal, un vistazo le había sido suficiente para afirmar la intacta condición de todas las propiedades valiosas más obvias para los fines de un ladrón, y que, de hecho, había sido bastante lo observado como para establecer dicho argumento, antes de que él y el resto del gentío fueran expulsados por los magistrados. Pero, por último, que independientemente de todo aquello, había escuchado a los dos oficiales que lo conducían y a los tumultuosos amontonamientos de personas en las calles, discutir sobre el misterio del sangriento suceso y el hecho de que tanto oro, plata y joyas hubiesen sido abandonados intactos.

Tras seis semanas o menos desde el día de aquel terrible acontecimiento, el negro fue puesto en libertad por la mayoría de los votos del magistrado. Durante ese corto intervalo hubo otros eventos, no menos terribles y misteriosos. En este primer asesinato, si bien el motivo fue oscuro e ininteligible, el medio no lo fue; aparentemente, asesinos comunes, con motivos comunes, asaltaron a una indefensa y desprevenida familia; los separaron, los atacaron individualmente en la fuga (ya que en este primer caso todos excepto uno de los asesinados aparentaban haber huido hacia la puerta de entrada); y en todo esto ningún elemento quedaba sujeto a discusión, con excepción del original, del motivo. Pero apareció entonces una serie de casos destinados a introducir en las sombras al primer asesinato. Nadie podía estar ahora desprevenido; y, no obstante, las tragedias que de aquí en adelante se sucedieron frente a nosotros, una por una, en tristes, deliberados o terribles grupos, parecían indicar un letargo como de apoplejía en las víctimas, en todas y cada una de ellas. Una completa noche de misterioso pavor se había apoderado de todas las mentes.

Tres semanas pasaron desde el asesinato en lo del Sr. Weishaupt -las tres semanas más agitadas que se hayan conocido en esta apartada ciudad. Nos sentíamos solitarios y sentíamos sobrepasados nuestros propios recursos; cualquier combinación con las otras ciudades se hacía imposible debido a las grandes distancias. Nuestra situación no era nada común. De haber ocurrido algunos robos misteriosos entre nosotros, la chance de una visita,

dividida entre tantos, era de todos modos demasiado pequeña como para acongojar incluso al más nervioso; mientras que a la gente más joven y fuerte de espíritu, con valor para enfrentar problemas comunes, semejante estado de expectativa le hubiese proporcionado latidos de placentera ansiedad por sobre sus nervios. ¡Pero asesinatos! ¡Asesinatos de exterminio! -revestidos de misterio y completa oscuridad-; estas eran cosas demasiado terribles para cualquier familia como para contemplarlas con entereza. De tener esos asesinatos, sumados a sus fines, los del robo, hubiesen sido menos terroríficos; nueve de cada diez podrían haber sido ubicados, de ser así, en la lista de aquellos que eran propensos a ser cometidos; mientras que quienes también se supieran víctimas potenciales habrían contado con la advertencia de su peligro residente en el propio hecho de ser ricos; y podrían, gracias a las mismas riquezas que les constituían ese peligro, haber buscado el modo de combatirlo. Pero, sin embargo, ninguna persona era capaz de adivinar qué era aquello que lo hacía odioso ante los asesinos. La propia imaginación estaba agotada en vanas adivinaciones sobre las posibles causas que habían hecho a los pobres Weishaupt dignos de semejante odio por parte de cualquier persona. Verdaderamente, estaban fanatizados en un grado que indicaba un intelecto debilitado; pero *eso* no dañaba a ningún hombre en particular, sino que para muchos era recomendable. Verdaderamente, su benevolencia fue limitada y exclusiva, pero con aquellos de su propio cuerpo religioso se mostraron magnificentes; y, siendo más ricos de lo que deseaban, o sin ninguna voluntad de emplear las riquezas que su abatido ascetismo les permitía, tenían el poder de hacer un grandioso trato benigno entre los indigentes de los suburbios. En cuanto al viejo caballero y a su mujer, sus enfermedades los confinaron a la casa. Nadie recordaba haberlos visto fuera de ella por años. ¿Cómo, entonces, o cuándo, podrían ellos haberse hecho algún enemigo? Y, respecto de las hermanas solteras de Sr. Weishaupt, ellas eran simplemente personas pusilánimes, ahora y entonces muy rígidas, pero sin ubicarse en situación de merecer un grave enojo por parte de ningún ámbito, y de quienes muy poco se oía en la sociedad como para ocuparle demasiado la atención a nadie.

Imagínese, entonces, que tres semanas habían transcurrido desde que los pobres Weishaupt fueran dejados tendidos en aquel estrecho santuario que supuestamente la voz de ningún asesino jamás podría violar. La calma no había vuelto a nosotros, pero las primeras oleadas de pánico habían menguado. La gente comenzaba a respirar con libertad nuevamente; y otro período de tiempo como ese hubiera cicatrizado nuestras heridas, cuando, ¡Oh! La campana de la iglesia hizo sonar una fuerte alarma; la noche estaba iluminada por las estrellas y helada; las notas de hierro eran claras, solemnes, pero agitadas. ¿Qué podía significar esto? Me apresuré a llegar a una habitación sobre la portería de aquella casa de campo y, abriendo la ventana, le grité a un hombre que pasaba apresuradamente por debajo: “¿Qué cosa, en nombre de Dios, significa esto?” Era un relojero de nuestro vecindario. Yo reconocí su voz, él reconoció la mía, y respondió con gran agitación:

“Es otro asesinato, señor, el viejo consejero de la ciudad, Albernass; y en esta ocasión han vaciado la casa.”

“¡Dios nos salve! ¿Acaso una maldición ha sido arrojada sobre esta ciudad? ¿Qué puede hacerse? ¿Qué van a hacer los magistrados?

“No lo sé, señor. Yo tengo órdenes de correr hacia la Capillas Negras, donde otra asamblea se está reuniendo. ¿Debo avisar que usted nos acompañará, señor?”.

“Sí... no... aguarde un momento. No importa, siga usted su camino; lo seguiré

inmediatamente.”

Me dirigí al instante a la habitación de Maximilian. Él estaba dormido sobre el sofá, cosa que no me sorprendió, ya que se había realizado una intensa cacería de venados en la mañana. Incluso en semejante momento, me sentí atraído por dos objetos, por lo que me detuve a examinarlos. Uno era el propio Maximilian. Una persona tan misteriosa tenía prioridad a otros intereses aun en momentos como éste; especialmente por sus rasgos, los cuales en la serenidad del sueño, como a veces sucede, adquirían una nueva expresión que me atraía enormemente por despertar algún confuso recuerdo de esos mismos rasgos vistos bajo otras circunstancias y hacía largo tiempo; ¿pero dónde? Esto era lo que no podía recordar, si bien, ya antes un pensamiento del mismo tipo había atravesado mi mente. El otro objeto de mi interés era una miniatura que Maximilian sostenía en su mano. Él se había dormido aparentemente observando esa imagen; y la mano que la sostenía se había deslizado sobre el sofá, de modo que corría peligro de caer. Liberé la miniatura de su mano y la examiné atentamente. Representaba una dama de risueño, oriental aspecto, y de las más nobles facciones que era posible concebir. Uno podía imaginar que una dama semejante, con sus brillantes bucles negros y sus ojos imperiales, sería la sultana favorita de algún Amurat o Mohammed. ¿Qué era ella para Maximilian, o qué *había* sido ella? Por la lágrima que le había visto yo derramar una vez sobre la miniatura, creyendo él no ser observado, conjeturé que sus oscuros rizos se encontraban ya desechos y que su nombre figuraba en la lista de las cosas desvanecidas. Probablemente había sido su madre, pues su vestido era rico en perlas y, evidentemente, de una persona de la más alta categoría entre las bellezas de la corte. Suspiré mientras pensaba que la profunda melancolía de su hijo, si es que Maximilian lo era, quizás tenía conexión con el destino y la fortuna de su majestuosa belleza; algo arrogante, acaso, en la expresión de su finos rasgos, pero aun así noble, generosa, sincera. Abandonando la pintura sobre la mesa, desperté a Maximilian y le conté sobre las espantosas noticias. Él escuchó atentamente, sin hacer ninguna observación, pero propuso que fuéramos juntos a la reunión de nuestro vecindario en las Capillas Negras. Se sonrojó al observar la miniatura sobre la mesa; en consecuencia, le dije con franqueza en qué circunstancias la había hallado, y que me había tomado la libertad de admirarla por unos instantes. Él la presionó delicadamente sobre sus labios, suspiró profundamente, y juntos nos alejamos caminando.

Recuerdo el frenético estado de emociones que encontramos en aquella reunión. El temor, o mejor dicho el horror, no generaba una armonía de ánimo; muchos discutían entre ellos debatiendo los indicios que todo esto acarreaba, y Maximilian fue la única persona a la que prestaron su atención. Propuso disponer una patrulla nocturna a caballo para cada vecindario. Y ofreció, en particular, siendo él un miembro de la universidad, que los propios estudiantes montaran guardia y rotaran para mantener control y vigilancia de sol a sol. Los arreglos fueron hechos, a ese fin, por las pocas personas que aún conservaban dominio de sus sentidos, y por el momento nos separamos.

Nunca, de hecho, algún suceso puso más agudamente a prueba las diferencias entre hombre y hombre. Algunos comenzaron como héroes bajo la excitación. Algunos, ¡ay de la dignidad del hombre! cayeron irremediablemente en la imbecilidad. Las mujeres, en ciertos casos, se imponían a los hombres, pero aun así, no tanto como podría haber ocurrido ante un peligro menos misterioso. Una mujer no deja de serlo porque confronte el peligro arriesgadamente. Pero yo he advertido, respecto del valor femenino, que requiere, más que

en el caso de los hombres, ser sostenido por la esperanza; y que se ve ciertamente abatido frente a la presencia de un peligro *misterioso*. La afición de la mujer es más activa, sino más fuerte, e influye más directamente en la naturaleza física. En este caso pocas fueron las mujeres que hicieron incluso un espectáculo al oponerse al peligro. Por el contrario, en *ellas* el miedo tomó la forma de tristeza, mientras que en muchos de los hombres, la de cólera.

¿Y cómo se comportó el guardia ruso en medio de este pánico? Muchos se sorprendieron por su conducta, algunos lo criticaron; ninguna de las dos reacciones en mi caso. Él tomó un razonable interés por cada suceso en particular, escuchó los detalles con atención, y, examinando a las personas capaces de suministrar evidencias, nunca falló al sugerir preguntas juiciosas. Pero aun así, manifestó una frialdad que casi lindaba con el desinterés, algo que para muchos resultaba indignante. Pero yo deseaba que esa gente advirtiera que todos los otros estudiantes militares que habían estado por largo tiempo en el ejército sentían exactamente del mismo modo. De hecho, el servicio militar del cristianismo, por los últimos diez años, no había sido más que un servicio de desfile; y para quienes, por lo tanto, sí se hallaban familiarizados con todas las formas de horrenda carnicería, los simples espantos ajenos a la muerte ya no lo eran tanto. El reciente asesinato no había provocado demasiada compasión. La familia consistía en dos viejos solteros, dos hermanas y una sobrina nieta. Ésta se hallaba ausente de visita, y los dos viejos eran cínicos avaros a quienes poco interés personal los sujetaba. No obstante, tanto en este caso como en el de los Weishaupt, el mismo doble misterio confundía al pensamiento colectivo: el misterio de *cómo*, y el otro más profundo de *por qué*. Aquí, nuevamente, ni un átomo de propiedad había sido sustraído, aun cuando los dos avaros poseían montañas de ducados y guineas inglesas en la misma habitación donde murieron. Su tendencia, también aquí, aunque fueran personajes impopulares, les aprovechaba lo suficiente para hacerlos más desconocidos que aborrecibles. En un punto este caso se diferenciaba del otro: en que, en lugar de ser víctimas indefensas, u obligadas a escapar (como los Weishaupt habían hecho), estos hombres viejos, fuertes, resueltos, y no tan tomados por sorpresa, dejaron pruebas de haberse defendido desesperadamente. Los muebles se encontraban parcialmente hechos añicos, y los otros detalles mostraban evidencias más desagradables de la debacle sucedida en la lucha. De hecho, con *ellos*, una sorpresa hubiera sido imposible, ya que no admitían en su casa a nadie en términos de visita. Era singular, no obstante, que en cada una de esas tragedias domésticas un beneficio del mismo tipo resultara para las personas jóvenes situadas en similares relaciones. La muchacha que diera la alarma en el baile, con dos pequeñas hermanas, y un pequeño sobrino huérfano, su primo, dividió la realmente enorme herencia de los Weishaupt. Y en este último caso, los ahorros acumulados durante dos largas vidas fueron todos conferidos a la persona de esa amorosa sobrina nieta.

Pero ahora, como burlándose de todos nuestras ansiosas averiguaciones y elaborados mecanismos, tres frescos asesinatos tomaban lugar en las dos noches consecutivas siguientes a aquellas nuevas resoluciones. Y en uno de los casos, en cuestión de instantes, la patrulla montada ya se encontraba en el lugar de donde proviniera el llamado de auxilio al momento mismo de suceder el horroroso acontecimiento. No debo explayarme demasiado sobre ellos; pero algunas circunstancias resultan muy interesantes como para pasarlas por alto. El caso más temprano, en la primera de las dos noches, fue el de un curtidor. Tenía cincuenta años de edad; no era rico, pero sí de buen vivir. Su primera esposa

había muerto, y las hijas que había tenido con ella estaban casadas y no vivían ya en casa de su padre. Él había contraído matrimonio con una segunda mujer, pero, no teniendo hijos con ella, ni habiendo conservado ningún criado, es probable que, excepto por accidente, ningún tercero se hallara en la casa al momento de ocurrir el crimen. Aproximadamente a las siete en punto, un caminante, un curtidor viajero, quien, según nuestro sistema alemán, se encontraba ahora en su *wanderjahre*, había ingresado a la ciudad por el bosque. En la entrada hizo algunas averiguaciones acerca de los peleteros y los curtidores de nuestra ciudad; y, complacido con la información recibida, fue al encuentro de este señor Heinberg. El señor Heinberg se negó a admitirlo, hasta que él mencionó su encargo y deslizó por debajo de la puerta una carta de recomendación de un corresponsal silesiano, describiéndolo como un excelente y constante hombre de trabajo. Deseando tal especie de hombre, y satisfecho por las respuestas recibidas conforme a las cuales él era cuanto manifestaba, el señor Heinberg quitó los cerrojos de su puerta y le permitió el ingreso. Enseguida, luego de volver los cerrojos a su lugar, lo invitó a sentarse junto al fuego, le acercó un vaso con cerveza, conversó con él por diez minutos y dijo: “Mejor será que te quedes aquí esta noche, luego te diré por qué; pero ahora subiré las escaleras y preguntaré a mi esposa si puede armar una cama para ti; por favor, vigila la puerta mientras me ausento”. Dicho esto, abandonó la habitación. Ni un minuto había transcurrido cuando llamaron suavemente a la puerta. La lluvia era muy intensa y, siendo un extraño para la ciudad, sin siquiera soñar nunca que en una localidad tan poblada semejante tipo de cosas pudieran estar sucediendo, como realmente ocurría en ésta, el joven hombre, sin vacilar, dejó entrar a quien golpeaba. Él ha declarado luego -pero, quizás, confundiéndose por las emociones adquiridas en un mejor conocimiento de las cosas que el que poseía en aquel momento- que desde el instante en que quitó el cerrojo tuvo el presentimiento de que había hecho mal. Un hombre entró con un manto de jinete, y tan cubierto que el viajero no pudo distinguir ninguno de sus rasgos. En voz baja, el extraño dijo: “¿Dónde está el señor Heinberg?”, “Arriba...”, “Dile que baje, entonces.” El viajero se dirigió a la puerta en la que el señor Heinberg se había separado de él, y llamó: “¡Señor Heinberg, aquí hay alguien que lo busca!”. El señor Heinberg lo escuchó, pues el hombre pudo distinguir claramente estas palabras: “¡Dios me bendiga! ¿Ha abierto la puerta ese hombre? ¡Oh, el traidor! Lo sabía.” Luego de esto, él sintió más y más consternación, aunque sin saber por qué. Justo en ese momento oyó un sonido de pasos detrás suyo. Al darse vuelta, contempló a tres hombres más en aquel cuarto; uno sujetaba la puerta de calle; otro retiraba algunas armas de un aparador, y los dos restantes murmuraban entre sí. Se hallaba conmovido y perplejo, y sentía que todo eso no estaba nada bien. Tal era su confusión, que, o bien todos los rostros de los hombres se hallaban ocultos, o bien él no recordaba nada con claridad, más que un feroz par de ojos fulgurando sobre su persona. Entonces, antes de que pudiera mirar en derredor, un hombre vino por detrás y echó un saco sobre su cabeza, el cual fue sujeto ajustadamente a su cintura, ya atrapándole los brazos, ya impidiéndole parcialmente oír, y hablar completamente. Luego fue empujado dentro de una habitación; no sin antes poder escuchar una corrida escaleras arriba, palabras como las de una persona alborozada, y luego una puerta cerrarse. En el momento en que ésta se abrió, pudo distinguir las palabras, en una voz: “¡Y por *eso*!”; a lo que otra voz respondió, en un tono que hizo temblar la tierra: “¡Sí señor, por *eso*!”. Y luego la misma voz se apresuró a decir: “¡Oh, perro! Qué esperanzas tenías...”, con lo que la puerta volvió a cerrarse. En cierto momento creyó haber oído un forcejeo, y estuvo seguro de escuchar el sonido de pisadas, como si corrieran de

una esquina a otra de la habitación. Pero luego todo fue silencio y quietud, durante unos seis o siete minutos, hasta que una voz dijo cerca de su oído: “Ahora aguarda silenciosamente hasta que algunas personas vengan a liberarte. Esto sucederá en un cuarto de hora.” Conforme lo dicho, antes de que transcurriera ese tiempo, nuevamente escuchó el sonido de pisadas dentro de la casa, se soltaron sus ataduras, y fue conducido al despacho de la policía para relatar su historia. Al señor Heinberg se lo halló en su alcoba. Había muerto estrangulado, y la cuerda aún permanecía sujeta alrededor de su cuello. Durante toda la espantosa escena, su joven mujer había sido encerrada dentro de un gabinete, desde donde nada pudo ver ni oír.

En el segundo caso, el objeto de la venganza fue otra vez un hombre anciano. De su familia común, todos se hallaban ausentes en la casa de campo, excepto el patrón y una criada. Esta última era una mujer de coraje, y bendecida con unos nervios de acero; por lo que podría haber sido confiable para reportar con precisión todo lo visto u oído. Pero las cosas tomaron otro curso. La primera advertencia que tuvo de la presencia de los asesinos vino de sus pasos y sus voces, ya en la recepción. Ella escuchó al patrón correr aprisa dentro de esa sala, gritando “¡Señor Jesús! ¡María, María, sálvame!” La sierva resolvió prestar la ayuda que podía; cogió un gran atizador, y se dirigía apresuradamente a asistirlo, cuando encontró que habían asegurado con clavos la puerta de comunicación en el tope de las escaleras. Ella desconoce lo que sucedió luego, ya que, cuando su impulso de intrépida fidelidad se vio frustrado, y pudo advertir que su propia seguridad se hallaba condicionada por factores que le hacían imposible el ayudar a un pobre semejante que acababa de invocar su nombre, la criatura de generoso corazón fue vencida por una angustia mental y se derrumbó sobre la escalera, donde yació inconsciente por todo lo sucedido, hasta que se encontró a sí misma alzada en brazos de una muchedumbre que había ingresado a la casa. ¿Y cómo fue que llegaron hasta allí? De un modo espantosamente característico. La noche era estrellada; las patrullas habían recorrido las calles sin notar nada sospechoso, cuando dos transeúntes, ubicados detrás, observaron un arroyuelo de color oscuro atravesando la acera. Uno de ellos, al tiempo que rastreaba hacia atrás el arroyuelo con su mirada, observó que aquel fluía de debajo de la puerta del señor Munzer, y, depositando su dedo sobre el goteante fluido, lo sostuvo luego frente a la luz de la lámpara, gritando al momento: “¡Cielos, esto es sangre!”. Lo era, ciertamente, y aún estaba tibia. El otro lo vio, lo oyó, y como una flecha voló hacia donde se encontraba la patrulla montada, doblando la esquina. Un llanto, lleno de significado, fue suficiente para los expectantes oídos. El hombre a caballo tiró hacia arriba, giró, y en un momento soltó las riendas frente a la puerta del señor Munzer. El gentío, reuniéndose como en un alud, proveyó utensilios que pronto forzaron las cadenas de la puerta y todos los demás obstáculos. Pero los asesinos habían escapado, y cualquier rastro de sus personas había desaparecido, como de costumbre.

Raramente ocurre un caso sin alguna peculiaridad más o menos interesante. En el que tuvo lugar la noche siguiente, conformando el quinto de la serie, un impresionante incidente alteró la monotonía de horrores. En este caso los criminales apuntaron a la vivienda de dos ancianas, quienes dirigían un internado femenino. Ninguna de las pupilas había retornado aún a la escuela luego de sus vacaciones; pero dos hermanas, jóvenes muchachas de trece y dieciséis, por venir desde lejos, permanecieron en la escuela durante las fiestas de Navidad. Fue la menor de ellas la que presentó la única evidencia de algún valor, y que agregó una

nueva cuota de alarma al ya existente pánico. De esta suerte fue como presentara su testimonio: El día anterior a los asesinatos, ella y su hermana se hallaban sentadas con las dos ancianas en una habitación con vista a la calle; las mujeres mayores leían, las más jóvenes dibujaban. Louisa, la menor, nunca dejaba de atender a los más insignificantes sonidos, y en una ocasión la sorprendió el haber oído un crujir de pisadas en las escaleras. No dijo nada, pero, escurriéndose fuera de la habitación, comprobó que las dos sirvientas se encontraban en la cocina y no podían haberse ausentado de allí; que todas las puertas y ventanas por las que era posible ingresar, no sólo estaban aseguradas, sino también con cerrojo y trabadas con una barra -un hecho que excluía toda posibilidad de invasión por medio de una llave maestra. Igualmente se sintió persuadida de haber escuchado el sonido de un pesado pie sobre las escaleras. Había, con todo, luz de día, y esto le transmitió confianza. Así, sin comunicarle su alarma a nadie, se armó de coraje como para recorrer la casa en todas direcciones y, como nada pudiera ver o escuchar, concluyó que sus oídos quizá se hallaban muy sensibles. Sin embargo esa misma noche, mientras descansaba en su cama, confusos terrores la asaltaron, especialmente porque consideró que en una casa tan grande algún gabinete o compartimiento similar podría haber sido pasado por alto y, en particular, no recordaba haber examinado dos o tres cofres en los que un hombre bien podía permanecer oculto. Durante la mayor parte de la noche se mantuvo despierta; pero, cuando uno de los relojes de la ciudad señaló las cuatro, ella abandonó todas sus ansiedades y logró dormirse. Al día siguiente, fatigada por esta inusual vigilia, le propuso a su hermana ir a la cama más temprano que de costumbre. Eso hicieron y, mientras subían las escaleras, Louisa recordó de pronto un pesado manto, que mejoraría la cobertura de su cama frente a la severidad de la noche. El manto se hallaba colgado en un armario dentro de un gabinete, ambos a la cabecera de un amplio salón, utilizado como escuela de baile por las jóvenes muchachas. Ella había examinado esos gabinetes el día anterior, por lo que no sintió mayor alarma en ese momento. El manto fue el primer artículo que divisó; se encontraba suspendido de un gancho en la pared y cerca de la puerta. Lo descolgó, pero, al hacerlo, quedó expuesta una parte de la pared y del piso que antes ocultaban sus pliegues. De haberse vuelto inmediatamente en la dirección contraria, lo más probable era que se retirase sin efectuar descubrimiento alguno. En el acto de girar, sin embargo, su luz fue a reposar sobre el pie y la pierna de un hombre. Incomparable fue su entereza; habiendo estado anteriormente canturreando una melodía, continuó con ello. Pero ahora venía la prueba; su hermana estaba volviendo sus pasos en dirección al mismo gabinete. Si ella misma había sufrido al hacerlo, Lottchen tropezaría también con ese descubrimiento y moriría a causa del susto. Por otra parte, si intentase insinuar algo, o bien Lottchen no lograría comprenderlo, o al comprender el primer indicio de lo que se le comunicaba hubiese dado un fuerte alarido, o, mediante alguna similar decisiva expresión transmitiría al asesino las fatales noticias de que había sido descubierto. En este tortuoso dilema, el miedo impulsó un ardid que para Lottchen pareció locura y, para la propia Louisa, el acto de un instinto previsor de una oculta inspiración. “Aquí”, dijo, “está nuestro salón de baile. ¿Cuándo nos reuniremos todos y bailaremos juntos nuevamente?” Y diciendo esto comenzó un extraño baile, girando la bujía por sobre su cabeza hasta que el movimiento la apagó; entonces, dando vueltas alrededor de su hermana en estrechos círculos, cogió también su bujía, la apagó de un soplido, y luego interrumpió su propio canto para soltar una carcajada. Pero la risa era histérica. La oscuridad, no obstante, la favoreció, y tomando a su hermana por el brazo, la arrastró susurrándole: “¡Ven, ven, ven!”. Lottchen no podía ser tan torpe como

para no comprenderla. Permitió que se la condujera el primer tramo de la escalera, al tope de la cual había un cuarto con vista a la calle. En este lograrían refugiarse, dado que la puerta poseía un fuerte seguro. Pero, ya en los últimos pasos del descanso de la escalera, pudieron oír la fuerte respiración y las largas zancadas del asesino subiendo detrás de ellas. Éste las había observado a través de una grieta y había adivinado, por la histérica carcajada de Louisa, que ella lo había visto. En la oscuridad no pudo seguirlas velozmente, por desconocer aquel lugar, hasta que se encontró al pie de las escaleras. Louisa, arrastrando a su hermana, se sintió fuerte con ese poder de la locura, pero Lottchen colgaba pesadamente de ella como si fuera de plomo. Corrió dentro de la habitación, pero justo en la entrada Lottchen cayó. En ese momento, el asesino cambió su cauteloso andar por un alborotado ascenso. De inmediato accedió a la parte superior de la escalera; y de inmediato se arrojó de un salto contra la puerta, cuando Louisa, habiendo arrastrado a su hermana dentro del cuarto, cerró la puerta y le pasó el cerrojo en el preciso instante en que la mano del asesino hacía contacto con el picaporte. Entonces, por la violencia de sus emociones, cayó desmayada, con su brazo alrededor de la hermana a quien había salvado.

Por cuánto tiempo permanecieron en ese estado ninguna lo supo nunca. Las dos ancianas subieron corriendo al oír el alboroto. Otras personas habitaban escondidas en otras partes de la casa. Los sirvientes de pronto se vieron a ellos mismos encerrados, y no se lamentaron luego de que se los salvara de un enfrentamiento que presentaba un peligro tan espantoso. Las ancianas habían corrido, lado a lado, al propio encuentro de quienes las buscaban. Retroceder fue imposible; se oyeron al menos a dos personas persiguiéndolas escaleras arriba. Algo así como una clamorosa contienda y una contra-contienda aconteció entre las ancianas y los asesinos; luego vinieron voces más fuertes; luego un desgarrador alarido y luego otro; finalmente, un suave gemido y un silencio de muerte. Inmediatamente después se oyó la primer quebradura de la puerta interior embestida por el gentío; pero los asesinos habían desaparecido a la primer alarma y, para asombro de los sirvientes, lo habían hecho por la parte superior. La inspección, de todas formas, pudo explicarlo: por una ventana en el techo ellos habían pasado a una casa adyacente recientemente abandonada, y allí, como en otros casos, tuvimos pruebas de cuán capaz es la gente, al procurar recaudos frente a peligros remotos, de descuidar aquellos que resultan obvios.

El reinado de terror, como puede suponerse, alcanzaba ahora su apogeo. Ambas ancianas yacían muertas en diferentes puntos de la escalera y, como de costumbre, ninguna conjetura pudo hacerse sobre la naturaleza del crimen cometido contra ellas; excepto que el asesinato *era* una venganza; las evidencias usuales lo respaldaban, mediante las pruebas de que ningún robo se había efectuado. Dos nuevas características, sin embargo, hacían su aparición en este sistema de horrores: una que reafirmaba la sensación de inseguridad en todas las familias que ocupaban amplias casas, y otra que generó tal desconfianza entre la ciudad y la universidad, que se necesitarían años para aliviar. La primera surgía de la experiencia, recientemente adquirida, de que estos asesinos empleaban el método de ocultarse dentro de la casa en donde cometerían el asesinato. Entonces, todas las precauciones previamente basadas en el hecho de asegurar cada puerta y ventana antes de la caída de la noche, parecían ahora fútiles. La otra característica salida a la luz en esta ocasión fue atestiguada por uno de los sirvientes, quien declaró que, en el momento previo a que la puerta de la cocina fuera trabada frente a ella y su compañero de servicios, alcanzó a observar a dos hombres en la sala de recepción, uno a punto de subir las escaleras, el otro encaminándose hacia la cocina; que no pudo distinguir el rostro de ninguno de ellos, pero

que ambos vestían ropas académicas, propias de los estudiantes universitarios. Las consecuencias de semejante declaración apenas si merecen ser mencionadas. Las sospechas cayeron entre los estudiantes, quienes eran más numerosos luego de la paz general que continuara a la guerra, en su mayor parte militares, y menos selectos o respetables que hasta este momento. Con todo, ningún aspecto del misterio fue dilucidado por este descubrimiento. Muchos de los estudiantes eran lo suficientemente pobres como para sentir la tentación que podía ofrecer cualquier método *lucrativo* de ultraje. Celosas y dolorosas confabulaciones se produjeron entretanto; y durante los últimos dos meses de este invierno, podría decirse que nuestra ciudad exhibió realmente la anarquía de las pasiones perniciosas. De este modo continuarían las cosas hasta la llegada de otra primavera.

Como podrá suponerse, las comunicaciones al gobierno supremo del lugar fueron realizadas tan pronto como los asesinatos en nuestra ciudad fueron comprendidos, no como hechos casuales, sino como eslabones de una sistemática serie. Quizás fue gracias a algún otro asunto, de mayor importancia, justo entonces acaparando la atención de nuestros gobernantes, que nuestras manifestaciones no generaron la impresión que esperábamos. Nosotros no podíamos, ciertamente, quejarnos de una negligencia absoluta por parte del gobierno. Ellos enviaron uno o dos de sus más capaces oficiales de policía, y prestaron algunos consejos; en especial, que nosotros debíamos examinar más estrictamente la calidad de la heterogénea población que ocupaba nuestro gran suburbio. Mas sugirieron enfáticamente que no se veía la necesidad tanto de proporcionarnos tropas, cuanto de armar a nuestra magistratura local con más amplios poderes.

Este intercambio de correspondencia con el gobierno central ocupó el mes de marzo y, antes de ese momento, el sangriento régimen había cesado tan abruptamente como comenzara. El nuevo oficial de policía se alababa a sí mismo diciendo que el terror de su nombre había surtido efecto, pero la juiciosa gente no pensaba igual. Todo, sin embargo, se mantuvo tranquilo hasta bien entrado el verano, cuando, quizás con el fin de insinuarnos que el horrendo poder que se vestía con la oscuridad no había expirado, sino que sólo había estado reposando de sus labores, el alcaide de la prisión de la ciudad desapareció repentinamente. Él recibía ahora la recompensa de haberse acostumbrado a dar largas cabalgatas en el bosque. Fue el primero de julio cuando desapareció. Aquella mañana, mientras atravesaba las puertas de la ciudad montado en su caballo, había mencionado la dirección en que pensaba partir; y la última vez que se lo vio con vida fue en una de las avenidas del bosque, a casi trece kilómetros de la ciudad, dirigiéndose al sitio indicado. No era este carcelero un hombre que por sí mismo se echara de menos; su vida había sido un encadenamiento de crueldad y brutal abuso de su poder, en lo cual había sido demasiado avalado por los magistrados, en parte bajo el pretexto de que su deber era respaldar a sus propios oficiales frente a todos aquellos que se quejaran, en parte también por la necesidad creada por los turbulentos tiempos de un más expeditivo ejercicio de su autoridad magisterial. Ningún hombre, pues, por su propia cuenta, podía ser más gustosamente dispensado en sus labores que este brutal carcelero; y era un comentario general que, por el solo hecho de que esta banda de asesinos que habitaba entre nuestros muros nos hubiese despojado de tal hombre, merecerían la gratitud pública como purificadores de lo que para todos resultaba un martirio. Pero cierto era que el carcelero había sido muerto por las mismas manos que tan profundamente habían alterado la paz de nuestra ciudad durante el invierno -o, en verdad, ¿había sido realmente asesinado?. El bosque era demasiado extenso como para registrarlo; y existía también la posibilidad de que le hubiese ocurrido algún

accidente fatal. Su caballo retornó a la entrada de la ciudad en la noche, y fue hallado en la mañana. Nadie, sin embargo, pudo durante meses proporcionar información alguna sobre su jinete, y parecía probable que no se lo descubriera hasta que el otoño y el invierno llevaran nuevamente a los cazadores dentro de cada matorral y cañada de este área silvestre. Sólo una persona parecía saber más que el resto sobre el asunto, y era el pobre Ferdinand von Harrelstein. Él era ahora una simple ruina de lo que alguna vez había sido, tanto desde el aspecto intelectual como desde el moral; y yo, con frecuencia, lo veía sonreír cuando el carcelero era mencionado. “Esperen”, decía, “hasta que las hojas comiencen a caer; advertirán entonces qué excelentes frutos produce nuestro bosque.” Yo no repetí esa expresión a nadie excepto a un amigo, quién coincidió conmigo en que el carcelero probablemente había sido colgado en algún paraje del bosque, al que el verano ocultaba ahora con sus frondosas sombras; y que Ferdinand, constantemente deambulando por el bosque, había descubierto el cuerpo. Pero ambos lo descartábamos como cómplice en el asesinato.

Mientras tanto, el matrimonio entre Margaret Liebenheim y Maximilian era visto como un hecho inminente. Sin embargo una cosa golpeó a todos con sorpresa. Hasta donde concernía a los jóvenes, nadie podía dudar de que ya todo estaba dispuesto; nunca hubo felicidad más perfecta que aquella que parecía unirlos. Margaret era la personificación del candor y el embelesamiento juvenil; incluso Maximilian, en su presencia, parecía olvidar su melancolía: y el gusano que carcomía su corazón fue adormecido por el hechizo de la música de su voz y el paraíso de sus sonrisas. Pero, hasta que el otoño llegó, el abuelo de Margaret nunca había dejado de oponerse a su unión, y de apoyar las pretensiones de Ferdinand. El desagrado, en verdad, parecía recíproco entre él y Maximilian. Ambos evitaban la compañía del otro y, en cuanto al anciano, llegó incluso a hablar con escarnio de Maximilian. Éste último lo despreciaba con demasiada sinceridad como para hablar siquiera de él. Cuando no le era posible evitar su encuentro, lo trataba con una austera cortesía que angustiaba a Margaret cada vez que lo presenciaba. Ella sentía que su abuelo había sido el agresor; y también que no le hacía justicia a los méritos de su amante. Pero conservaba una ternura filial por el anciano como padre de su santa madre, aunque él, por su cuenta, constantemente reclamándole compasión por la decadencia de su memoria, y con un infantil malhumor aumentando en él día a día, daba indicios de su creciente necedad.

Igualmente misterioso pareció que, por entonces, la señorita Liebenheim comenzara a recibir cartas anónimas, escritas en los más oscuros y amenazadores términos. Ella me enseñó algunas de estas misivas. No pude adivinar su sentido. Evidentemente aludían a Maximilian, sugiriendo a ella que se cuidase de unírsele; y espantosas cosas se insinuaban sobre él. ¿Podían esas cartas haber sido escritas por Ferdinand? Escritas no habían sido, ¿pero acaso dictadas por él? Mucho me temía que así había ocurrido; y tanto más por una razón.

Repentinamente, y de forma inexplicable, el abuelo de Margaret mostró un radical cambio de parecer en cuanto al matrimonio. En lugar de favorecer las pretensiones de Harrelstein, como hasta entonces había hecho, arrojaba ahora el débil peso de su estímulo, sobre la balanza, por Maximilian; no obstante, dada la situación de todas las personas a quienes esto podía interesar, nadie otorgó ninguna importancia *práctica* al cambio operado en la forma de pensar del señor Liebenheim. ¿Nadie? ¿Es eso cierto? No; una persona *sí* dio la mayor importancia al cambio: el pobre, derrumbado, Ferdinand. Él, mientras existiera

una persona de su lado, mientras el abuelo de Margaret le mostrase su aprobación, aún no reconocía su condición como totalmente desesperada.

Así estaban las cosas, cuando, en noviembre, con todas las hojas desvistiendo diariamente el bosque, y dejando al descubierto los más secretos rincones de la espesura, el cuerpo del carcelero quedó expuesto; pero no, tal como mi amigo y yo habíamos conjeturado, colgado. No; aparentemente había muerto de un modo más horrendo: el de la crucifixión. El árbol, de gran tamaño, tallado sobre un sector de su tronco, mostraba esta corta pero brutal leyenda: “T. H., carcelero en ***; Crucificado el 1 de Julio, 1816.”

Un gran revuelo de comentarios tuvo lugar en la ciudad luego de este descubrimiento; nadie pronunció una palabra de lamento en cuanto al miserable carcelero; por el contrario, la voz de venganza, elevándose en muchas casas, alcanzaba mis oídos en cada dirección en que caminaba. El odio, por su parte, parecía horrible y anticristiano, y más aún luego de la muerte de aquel hombre; pero no obstante lo horrible y diabólico del hecho en sí, fue mucho más impactante por considerárselo como la medida y el exponente de la infame opresión que tuvo que existir para producirlo.

Al principio, cuando la ausencia del carcelero era un acontecimiento reciente, y la presencia de los asesinos entre nosotros se vio, en consecuencia, reanimada en nuestros preocupados pensamientos, pocos eran los que aludían a tales circunstancias sin temor. Pero la cuestión cambiaba ahora; el carcelero había estado muerto por meses, y este intervalo, durante el cual la mano del asesino había descansado, incitaba a todos a anhelar que la tormenta hubiese finalmente pasado sobre nuestra ciudad; que la paz retornaría a nuestros corazones; que de allí en adelante la impotencia dormiría fuera de peligro y que la inocencia se libraría de tanta congoja. De nuevo hubo paz entre nuestros muros y tranquilidad en los hogares. Otra vez los niños iban a sus camas con alegría, y los adultos decían sus plegarias en serenidad. La confianza fue restaurada; la paz reestablecida; y una vez más la religiosidad de la vida humana se volvió la regla y principio para todos entre nosotros. Enorme era el júbilo; la felicidad, universal.

¡Oh, Cielos! ¡Como por un rayo fuimos despertados de nuestra seguridad! En la noche del veintisiete de diciembre, media hora, quizás, después de las doce, fue dada la alarma de que no todo marchaba bien en casa del señor Liebenheim. Inmensa fue la muchedumbre que pronto se agolpó allí jadeando de agitación. En dos minutos, se oyó a un hombre que había rodeado la casa, liberar la puerta trasera del señor Liebenheim: fue incapaz de proferir una palabra; pero sus gestos, al abrir la puerta y dirigirse luego al gentío, fueron más que suficientes. En la recepción, en su parte más lejana, y como si hubiesen sido capturados cuando se dirigían hacia aquella puerta, yacían los cuerpos del señor Liebenheim y el de una de sus hermanas, una avejentada viuda; en la escalera yacía otra hermana, más joven y soltera, pero por encima de los sesenta años. La recepción y el pie de la escalera se hallaban bañados en sangre. ¿Dónde se encontraba, entonces, la señorita Liebenheim, la nieta? Esa fue la exclamación general; ella era tan adorada por todos como admirada. ¿Habían sido los infernales asesinos tan diabólicos como para irrumpir en ese templo de inocente y dichosa vida? Todos se hacían esa pregunta, y todos contenían su aliento para oír. Pero durante unos instantes nadie se atrevió a avanzar, pues el silencio de aquella residencia no era un buen presagio. Al fin, alguien exclamó que la señorita Liebenheim había ido ese día a

visitar a un amigo, cuya casa se encontraba a sesenta y cinco kilómetros de distancia, dentro del bosque. “Cierto”, repuso otro, “se había preparado para partir, pero oí que algo la detenía”. El suspenso se encontraba ahora en su punto cúlmine, y el gentío recorrió habitación por habitación, pero no halló rastros de la señorita Liebenheim. Finalmente subieron las escaleras, y en el primer cuarto, un pequeño gabinete o tocador, yacía Margaret, con su vestido horrendamente manchado de sangre. La primera impresión fue que también ella había sido asesinada; pero, ya más de cerca, se la vio totalmente ilesa y evidentemente viva. Había vida en ella, pues su respiración empañaba un espejo, pero la misma estaba en suspenso, y ella se encontraba en una especie de paroxismo. La primera reacción de aquella gente fue cargarla hasta la casa de un amigo al otro lado de la calle, cuando la asistencia médica se hizo lugar hasta aquel sitio. Sus atenciones a la señorita Liebenheim naturalmente alteraron el orden de las cosas en el pequeño cuarto, pero no antes de que muchas personas advirtieran que uno de los asesinos debía haberla cargado con sus manos ensangrentadas hasta aquel sillón en que se encontraba, pues le había sido esparcida abundante agua sobre su cara y su garganta, y más agua le fue dispuesta pronta a su mano, para cuando se recuperara, sobre un escabel junto al sillón.

A la mañana siguiente, Maximilian, quien había estado en un grupo de caza en los bosques, regresó a la ciudad e inmediatamente supo de las noticias. No lo vi hasta después de algunas horas, pero entonces lo noté completamente agitado, siendo aquella la primera vez que lo veía de ese modo desde que lo conocía. Al caer la noche, otras perturbadoras noticias trascendieron respecto de la señorita Liebenheim, las cuales desconsolaron a cada amigo de la joven muchacha. Era que ella había sufrido los dolores del parto y dado a luz un hijo, quien, sin embargo, habiendo nacido prematuramente, no vivió muchas horas. El escándalo, con todo, no dispuso del tiempo suficiente como para alimentar su triunfo imaginario, pues a las dos horas de circular el primer rumor apareció un segundo, verificado, anunciando que Maximilian se había dado cita con el confesor de la familia Liebenheim en la residencia del jefe de la magistratura, y que existían satisfactorias pruebas de su casamiento con la señorita Liebenheim que, aunque con gran discreción, había sido debidamente celebrado casi ocho meses antes. En nuestra ciudad, así como en todas las ciudades de nuestro país, los casamientos clandestinos, atestiguados quizás por dos amigos sólo de las familias además del sacerdote que los celebra, son sumamente comunes. En el mero hecho, por consiguiente, tomado por separado, no había sorpresa para nosotros, pero tomado en relación a la situación general de ambas partes, esto *sí* nos sorprendió a todos; nadie podía conjeturar la razón por la que se dio ese paso, aparentemente, tan innecesario. Pues el hecho de que Maximilian pudiera en algún punto haber supuesto prudente o necesario para asegurarse la mano Margaret Liebenheim un casamiento privado contra la oposición final de su abuelo, nadie que los conociera, que conociera el completo amor que colmaba a la señorita Liebenheim, la creciente necedad del abuelo, o el absoluto desdén con que Maximilian se dirigía a él, podía creerlo por un momento. En conjunto, el asunto era de un profundo misterio.

Mientras tanto, me regocijaba saber que el pobre nombre de Margaret había sido rescatado así de las fauces de los detractores. A aquellas arpías se les había arrebatado a su herida presa en el mismo instante en que se sentaban para el profano banquete. Por esto me regocijaba, pero ya había además había un pequeño elemento de regocijo en todo lo que concerniera a la pobre Margaret. Desde hacía un buen tiempo ella reposaba en una

profunda insensibilidad, sin recibir noticias sobre nada, raramente abriendo sus ojos, y aparentemente inconsciente de las revoluciones que sucedían de mañana o de noche, en la luz o la oscuridad, el día anterior o el mismo día. Enorme fue la agitación que convulsionó el corazón de Maximilian durante ese período; el caminaba de un lado a otro en la catedral prácticamente durante el día entero, y los estragos que la preocupación estaba generando dentro de su cuerpo podían leerse en su rostro. La gente sentía como una intrusión sobre la santidad de su pesar el mirarlo muy fijamente, y la ciudad toda se compadeció de su situación.

Finalmente, un cambio tuvo lugar en Margaret, pero uno que los médicos anunciaron a Maximilian como el pronóstico de una enfermedad nacida durante su recuperación. Los desvaríos de su mente no acabaron, sino que el carácter de éstos se alteró. Aumentó en ella la perturbación; repentinamente se levantaba y forzaba su vista sobre alguna figura que creía ver; luego increpaba a alguien en los más lastimosos términos, rogándole, con un torrente de lágrimas en sus ojos, que dispensara a su anciano abuelo. "¡Mire, mire," exclamaba, "mire sus grises cabellos! ¡Oh, señor! Él es como un niño; no sabe lo que dice; pronto estará fuera del camino y en su tumba, y muy pronto, señor, no le traerá más problemas." Entonces, una vez más, murmuraba confusamente durante varias horas seguidas; en ocasiones gritaba de un modo frenético y decía cosas que aterraban a los circunstantes, y que los médicos eran solemnemente cautos al repetir. Luego comenzaba a sollozar, e invocaba a Maximilian para que viniera en su ayuda. Pero raramente, en verdad, ese nombre salía de sus labios sin que comenzara otra vez a forzar su vista y a erguirse en su cama para observar algún fantasma de su pobre, febril corazón, como si aquel se estuviera desvaneciendo en la distancia.

Luego de aproximadamente siete semanas vividas en este perturbador estado, repentinamente, una mañana, la más temprana y hermosa de la naciente primavera, un cambio sucedido en Margaret nos fue anunciado a todos nosotros; pero era un cambio, ¡ay!, que se hacía anunciar como el último gran cambio de todos. La batalla, que por un período tan largo se librara dentro suyo y derrumbara su razón, llegaba a su fin; la lucha había terminado, y su ser entraba en un eterno descanso. En el curso de la noche ella había recobrado sus sentidos. Cuando la luz de la mañana se filtró a través de sus cortinas, reconoció a quienes la asistían, les preguntó sobre el mes y el día del mes, y luego, preocupada porque acaso no sobreviviría a ese día, pidió se llamara a su confesor.

Cerca de una hora y media permaneció el confesor solo con ella. Luego de ese período salió y convocó apresuradamente a los acompañantes, pues Margaret, dijo, estaba desfalleciendo. El mismo confesor, por haber presenciado varias agonías, tanto más se vio alterado por los resultados del encuentro. Lo crucé al salir de la casa. Le hablé. Lo llamé; pero no me oía, no me veía. No veía a nadie. Dando zancadas se dirigió a la catedral, donde seguro encontraría a Maximilian, rondando cerca de los nichos. Lo tomó por el brazo, susurró algo en su oído, y luego ambos ingresaron en una de las muchas capillas apartadas, en las que los faroles arden continuamente. Allí conversaron un poco, aunque no por mucho tiempo, porque a los cinco minutos Maximilian salió corriendo en dirección a la casa en la que su joven esposa estaba muriendo. Pareció subir las escaleras en un solo paso. Quienes atendían a la muchacha, de acuerdo con las órdenes recibidas de los médicos, se plantaron al tope de la escalera para oponérsele. Pero fue inútil: ante los derechos que ostentaba como amante y esposo; ante los aun más sagrados derechos del dolor que él lucía en su

Librodot

semblante, toda oposición se dispersó como un sueño. Había, además, un destello de furia en sus ojos. Un movimiento de su mano los espantó como a moscas de verano; entró al cuarto y, nuevamente, por última vez, estuvo en compañía de su amada.

¿Quién puede pretender adivinar lo que ocurrió? Poco más de dos horas transcurrieron, tiempo en el cual Margaret había sido capaz de hablar sólo en algunas ocasiones, lo que se supo porque, de a ratos, los asistentes oían la voz de Maximilian en evidente tono de réplica a algo que ella había dicho. Al cabo de ese período, una pequeña campana, ubicada al costado de la cama, fue tañida apresuradamente. Margaret era víctima de una convulsión; pero logró recuperarse antes de que una mujer le administrara los acostumbrados remedios. Ellos se demoraron un poco, sin embargo, contemplando a esa pareja llena de juventud con un interés que no les permitía retirarse. Sus manos estaban unidas, y en los ojos de Margaret brillaba una amorosa luz de despedida, que reposó sobre Maximilian, y pareció indicar que ella estaba perdiendo el habla. En ese preciso momento, realizó un débil esfuerzo por acercar a Maximilian; éste se inclinó hacia delante y la besó con una angustia que haría llorar al más duro de corazón, y luego susurró algo a su oído; motivo por el cual los asistentes decidieron retirarse, tomando aquello como una prueba de que su presencia era un impedimento para que se expresaran libremente. Pero, no oyendo ninguna conversación, regresaron antes de transcurridos de diez minutos. Maximilian y Margaret aún mantenían sus anteriores posiciones. Sus manos unidas; el mismo postrer haz de luz resplandeciendo afectuosamente en la mirada de Margaret, y todavía reposando sobre Maximilian. Pero sus ojos comenzaban a nublarse; un velo de niebla rápidamente los invadía. Maximilian, sentado estupefacto y como alguien que no está en dominio de su mente, ahora, ante el gentil pedido de la asistente, cedía su asiento, pues la mano que antes apretara la suya se había relajado; el cariñoso brillo de despedida había partido. Una de las mujeres cerró sus párpados; y así cayó dormida para siempre la más hermosa flor que naciera en nuestra ciudad por generaciones.

El funeral tuvo lugar el cuarto día luego de su muerte. En la mañana de ese día, por mi gran afecto -pues la conocía desde la infancia-, solicité se me permitiera ver el cuerpo. Ella estaba en su ataúd; campanillas de invierno y flores de azafrán habían sido depositadas sobre su inocente pecho, y rosas, de las que crecían en esa estación, sobre su cuerpo. Esos y otros bellos gestos de juventud, de primavera y de resurrección cautivaron en principio mi mirada; pero a continuación la dirigí sobre su rostro. ¡Dios todopoderoso! ¡Qué cambio! ¡Qué transformación! Aún, realmente, estaba la misma inocente dulzura; aún había algo de la misma hermosura; la expresión todavía permanecía; pero en sus facciones, todo rastro de carne parecía haber desaparecido; sólo quedaban simples esbozos de una huesuda estructura; meros trazos y sombras de lo que alguna vez había sido. En verdad, no pude sino exclamar: “¡polvo al polvo y cenizas a las cenizas!”

Maximilian, ante el asombro de todos, apareció en el funeral. Éste fue celebrado en la catedral. Todos le cedían el paso y, por momentos, parecía recobrado; por momentos se tambaleaba cual un borracho. Escuchaba como quien no logra hacerlo; veía como quien sueña. Toda la ceremonia transcurrió a la luz de las antorchas, y, frente al atrio, él se paró como una columna, inmóvil, aletargado, helado. Pero el gran estallido del coro y el poderoso fragor ascendiendo desde nuestro inmenso órgano, al pie del ataúd, lo volvieron

en sí, y regresó rápidamente a su casa. Media hora luego de que yo regresara a la mía, fui llamado a su habitación. Él estaba en cama, calmo y recuperado. Lo que me dijo puedo recordarlo como si hubiera sido ayer, y hasta el tono con que lo hizo, aunque más de veinte años hayan pasado desde entonces. Comenzó de este modo: “No me queda mucha vida”; y cuando me vio respingar, pensando repentinamente en que quizás había ingerido veneno, continuó confidentemente: “Tu supones que pueda haber tomado veneno -no importa si lo hice o no; si así fue, el veneno sería uno que ningún antídoto podría contrarrestar, o, si lo lograra, tú bien sabes que algunas penas no dejan lugar a ningún tipo de esperanzas. ¿Qué diferencia puede hacer, entonces, que deje este mundo hoy, mañana, o el día siguiente? Puedes estar seguro de esto: lo que sea que yo haya determinado hacer está fuera del alcance de ser afectado por cualquier resistencia humana. No te ocupes en inútiles intentos, sino que óyeme tranquilamente; de otro modo, sé lo que deberé hacer.” Percibiendo una reprimida furia en su mirada, no obstante, vi también que un cambio afectaba su semblante, como si algún sutil veneno comenzara a actuar sobre su cuerpo y, aterrado, accedí a escuchar y me senté inmóvil. “Está bien que así hayas hecho, porque mi tiempo es poco. Este es mi testamento, formulado legalmente, y verás que he confiado una inmensa propiedad a tu discreción. Aquí, del mismo modo, hay un papel aun más importante ante mis ojos; es también testamentario, y te liga a deberes que pueden no ser tan fáciles de cumplir como el arreglo de mis bienes. Pero ahora escucha algo más, que no concierne a ninguno de estos papeles. Prométeme, en primer lugar, que cuandoquiera que yo muera, verás que se me entierre en la misma tumba que mi esposa, de cuyo funeral acabamos de regresar. Promételo.” -lo prometí. “Júralo.” -lo juré. “Finalmente, prométeme que cuando leas este segundo papel, el cual he puesto en tus manos, más allá de lo que pienses de él, nada dirás; nada harás público al mundo hasta que tres años hayan pasado.” -lo prometí. “Y ahora despidámonos hasta dentro de tres horas. Vuelve conmigo cerca de las diez en punto, y bebe un vaso de vino en memoria de los viejos tiempos.” Dijo esto sonriendo; pero incluso allí una oscura contracción atravesaba su cara. Aun así, pensando que aquello podría ser simplemente la acción de la angustia mental dentro suyo, cumplí con su deseo y me retiré. Sintiéndome, no obstante, ya algo descansado, ideé una excusa para volver a echarle una mirada tras una hora y media de luego abandonarlo. Golpeé suavemente a su puerta; no hubo repuesta. Golpeé más fuerte; tampoco respondió. Entré. La luz del día se había ido y no podía ver nada. Pero yo estaba alarmado por la completa quietud de la habitación. Me acerqué para escuchar, mas ninguna respiración podía oírse. Corrí precipitadamente al salón para buscar una lámpara; regresé, busqué dentro con mi mirada la figura de esta maravilla de masculina belleza, y el primer contacto de mi vista bastó para informarme que él y todos sus espléndidos dones habían partido para siempre. Había muerto probablemente poco después de que lo dejara, y me habría despedido entonces debido a algún creciente presentimiento que le decía que sus últimas agonías se aproximaban.

Tomé sus dos documentos testamentarios; ambos estaban domiciliados, en forma de carta, a mí propia persona. El primero era una corta pero distinguida asignación de sus enormes propiedades. Las reglas generales sobre las cuales todos los bienes serían distribuidos, estaban asentadas, pero los detalles fueron confiados a mi criterio, y según la dirección que las cosas tomaran en base a las muchas averiguaciones que necesariamente deberían ser hechas. Pronto dejé a un costado este primer documento, pues encontré que el

significado de sus párrafos dependía de lo mencionado en el segundo, en el que anticipé con confianza la solución de varios misterios; el de la profunda tristeza que, desde que me encontré con él por vez primera, tenía poseído a un hombre tan primorosamente dotado como el favorito de la naturaleza y la fortuna; el de sus motivos para llevar a cabo de modo clandestino esa unión que conformó la gloria de su vida; y, posiblemente (pues entonces lo dudaba), el de los últimos ininteligibles asesinatos, que permanecía oculto tras la más profunda nube, como lo había estado siempre. Mucho de esto *sería* develado; acaso todo: y allí y entonces, con el cuerpo de su dotado y misterioso escritor reposando a mi lado, tomé asiento, y leí la siguiente declaración:

"26 de Marzo, 1817.

"Mi prueba está terminada; mi conciencia, mi deber, mi honor, han sido liberados; 'mi batalla fue consumada'. He visto a Margaret, mi inocente joven esposa, por última vez. Ella, la corona que debió ser quitada de mi terrenal felicidad; ella, la tentación de hacer a un lado la amarga copa que me aguardaba; ella, única seductora (¡Oh, inocente seductora!) de los firmes deberes que el destino impuso sobre mí; a ella, incluso a ella, he sacrificado.

Antes de irme, en parte por temor a que la inocente sea cuestionada por actos casi exclusivamente míos, pero aún más por miedo a que la lección y la advertencia que Dios, a través de mis manos, ha escrito con sangre sobre sus culpables muros, perezca por falta de una auténtica exposición, escuchen mi última agonizante confesión: que los asesinatos que han desolado a tantas familias dentro de sus muros, y que no permitieron a la tierra de sus hogares ser ningún santuario, ni a la edad ser una carta de protección, fueron todos debidos originalmente a mi cabeza, si no siempre a mi mano, como el pastor de una espantosa retribución.

Ese recuento de mi historia y mis proyectos, que ustedes recibieran por parte del diplomático ruso, excepto por algunos errores de menor importancia, es esencialmente correcto. Mi padre no estuvo tan inmediatamente conectado con la sangre inglesa como allí se manifiesta. Sin embargo, es verdad que él reclamaba su descendencia de una familia inglesa de aun mayor distinción que aquella que se señala en los informes rusos. Estaba orgulloso de este linaje inglés, y más todavía cuando la guerra con la Francia revolucionaria expuso, más notable que nunca, la grandeza moral y civil de Inglaterra. Tal orgullo era mucho, pero imprudente en su situación. Su progenitores inmediatos se habían instalado en Italia -primero en Roma, pero finalmente en Milán-; y toda su propiedad, grande y esparcida por doquier, fue a quedar, con el progreso de la revolución, bajo dominio francés. Sufrió muchas expoliaciones; pero todavía conservaba las suficientes riquezas como para sentirse seriamente afectado. Sin embargo previó, por cómo se desarrollaban las cosas, aun mayores riesgos amenazando sus más valiosos recursos. Muchos de los estados o soberanos en Italia estaban profundamente en deuda con él y, en las grandes agitaciones que azotaban su país, vio que las dos partes contendientes encontrarían especiosas excusas para absolverse a ellos mismos de compromisos que presionaban incómodamente sus finanzas. En este aprieto, trabó intimidad con un funcionario francés de alto rango y altos principios. El amigo de mi padre notó el peligro en que se éste hallaba, y le recomendó entrar en el servicio francés. En sus primeros días, mi padre sirvió extensamente bajo muchos soberanos, y encontró en todos los demás servicios militares un espíritu de honor rigiendo la conducta de los oficiales. Sólo en este último caso, y por primera vez, hallaba modales rufianescos y rapacidad universal. No podía desenvainar su espada en compañía de

Librodot

semejantes hombres, ni siquiera por tan importante causa. Pero finalmente, bajo la presión de la necesidad, aceptó (o más bien compró con un inmenso soborno) el puesto de comisario de las fuerzas francesas en Italia. Con este solo recurso, eventualmente triunfó en hacer cumplir la totalidad de su reclamo público sobre los estados italianos. Envió estas enormes sumas, por medio de varios canales, a Inglaterra, en donde se volvió propietario de los fondos de una inmensa cantidad. Descuidadamente, sin embargo, algo de esto trascendió, y el resultado fue doblemente desafortunado; pues si bien sus intenciones eran de este modo hacerse conocido como de gran importancia para Inglaterra, algo que por sí mismo lo hizo objeto de odio y sospecha, aquello también disminuía las posibilidades de sobornarlo. Estas consideraciones, junto con otras, hicieron a algunos oficiales franceses de alto rango e influencia los peores enemigos de mi padre. Mi madre, con quien se casó mientras mantenía una comisión de brigadier en el servicio austriaco, era, de nacimiento y de religión, judía. Dueña de una exquisita belleza, había sido pedida en casamiento morganático por un archiduque de la familia de Austria; pero ella había descansado en el pretexto de que la suya era la más pura y noble de las sangres de entre todas las familias judías; que su familia había rastreado y relacionado su linaje, por tradición y por una larga serie de certificados que se encontraban en manos de los más altos sacerdotes judíos, con los Macabeos y con las casas reales de Judea; y que sería degradante para ella el aceptar incluso a un preeminente soberano en términos de matrimonio. Esto no eran vanas pretensiones ni ostentosa jactancia. Era algo reconocido como valioso desde tiempos inmemoriales en Transilvania y países adyacentes, donde la familia de mi madre era rica y venerada, y poseía un asiento entre los dignatarios de las tierras. Los oficiales franceses a los que he aludido, incapaces de algo tan digno como un sentimiento profundo, sino apenas en busca de una errática imagen de lo que eso sería, al día siguiente, dieron lugar a otra igualmente fugaz: se atrevieron a insultar a mi madre con las proposiciones más licenciosas -proposiciones tan por debajo tanto de su rango y de su cuna como lo hubieran estado, en toda medida, de su dignidad moral y su pureza. Esto se lo comentó a mi padre, quien amargamente lamentó las cadenas de subordinación que ataban sus manos para vengar las injurias. Aún así, su mirada revelaba lo que sus superiores podrían sufrir tan pronto como repitieran el desdeñoso agravio a su esposa. Más de uno estaba involucrado en las ofensas a mi padre y a mi madre; más de uno estaba interesado en obtener venganza. Ciertas cosas podían hacerse en ciudades alemanas por gracia de las viejas leyes o usanzas alemanas, cosas que incluso en Francia no podrían ser toleradas. Esto lo sabían muy bien los enemigos de mi padre, pero también lo sabía él; y decidió abandonar su función de comisario. Esa, sin embargo, fue una solicitud que no se le concedió. Estaba comprometido a servir en la campaña alemana que recién comenzaba, y en la subsiguiente de Friedland y Eylau. Estaba entonces cautivo en alguna de las trampas dispuestas para él; primero, animado a cometer un acto que violaba algunas reglas del servicio; y luego, provocado a una infracción disciplinaria contra el oficial general que lo había animado anteriormente. La tan esperada oportunidad ahora había llegado, y ese mismo cuartel de Alemania no podía resultar mejor para aprovecharla. Mi padre fue arrojado a prisión en ésta, tu ciudad, sujeto a la atroz opresión de su carcelero y a la aun más detestable opresión de sus leyes locales. Los cargos en su contra fueron ideados incluso para afectar su vida, y fue llevado a la humillación de rogar el permiso de que se enviara por su esposa e hijos. Ya era, para su espíritu orgulloso, suficiente castigo el tener que rebajarse a rogar el favor de uno de sus peores enemigos. Pero ellos no incluían en su plan el negarle *eso*. Con el fin de facilitar la

Librodot

llegada de mi madre, un mensajero militar, con todas las facilidades para el viaje, fue enviado a por ella sin demora. Mi madre, sus dos hijas y yo mismo, residíamos entonces en Venecia. Yo había sido, merced a la ayuda de los contactos de mi padre en Austria, inscripto en el servicio imperial, y había recibido un buen nombramiento para mi edad. Pero, cuando mi padre partió hacia el norte con el ejército francés, quedaba yo constituido como un apoyo indispensable para mi madre. No era que mis años me transformaran en ello, pues apenas acababa de cumplir los doce; pero mi prematuro crecimiento y mi puesto militar me habían proporcionado un considerable conocimiento del mundo y entereza.

Pasé por alto nuestro viaje; pero al acercarme a tu ciudad, ese sepulcro de honor y felicidad para mi pobre familia, mi corazón latía con emociones frenéticas. Nunca miro hacia esa venerable cúpula de su catedral en el bosque, pero maldigo su forma, que me recuerda lo que entonces examinamos por casi un kilómetro y medio mientras atravesábamos el bosque. Por leguas, antes de que nos aproximáramos a la ciudad, este objeto se erigía ante nosotros como un consuelo sobre el helado cielo azul; y aun así parecía no agrandarse nunca. Tal fue la queja de mi pequeña hermana Mariamne. ¡La más inocente criatura! ¡Que aquella nunca se hubiese agrandado para tus ojos, sino quedado por siempre a la distancia! Esa misma hora comenzó la serie de monstruosos ultrajes que terminó con la historia de mi malaventurada familia. Al detenernos frente a la entrada de la ciudad, el oficial que inspeccionó los pasaportes, hallando a mi madre y hermanas identificadas como judías, lo que en oídos de mi madre (criada en una región donde lo judíos no son irrespetados) siempre había sonado como un título de distinción, llamó a un agente subordinado que en rudos términos exigió el pago del peaje. Supusimos que esto era un impuesto del camino por el coche y los caballos, pero rápidamente fuimos desengañados; una pequeña suma se pedía por cada una de mis hermanas y mi madre, como también por cada cabeza de nuestro ganado. Yo, imaginando algún error, le hablé al hombre moderadamente y, para hacerle justicia, él no parecía desear ser insultante con nosotros; pero expuso una placa impresa sobre la que, junto con los más abyectos animales, judíos y judías eran clasificados como no más que cabezas. Mientras discutíamos el asunto, los oficiales de las puertas exhibían una burlona sonrisa en su rostro; los postillones reían juntos; y esto en presencia de tres criaturas cuya exquisita belleza, en diferentes estilos, acordes a sus distintas edades, hubiese hecho a un noble arrodillarse y adorarlas. Mi madre, quien nunca se había encontrado con ningún insulto flagrante en relación a su diferencia de nacionalidad, estaba demasiado aturdida como para poder hablar. Le susurré algunas palabras recordándole su nativa dignidad moral, pagué el dinero, y nos dirigimos hacia la prisión. Pero el horario de admisión había terminado y, como judías, a mi madre y hermanas no les fue permitido hospedarse en la ciudad; debieron ir al barrio judío, una parte del suburbio reservada para ellos en la que casi nunca era posible conseguir un alojamiento tolerablemente limpio. A mi padre, al día siguiente, con horror lo hallamos al borde de la muerte. Él no le dijo a mi madre lo peor de lo que había debido sufrir. A mí me dijo que, enloquecido por los insultos arrojados sobre su persona, había acusado a la corte marcial por sus propensiones a la corrupción, y había mencionado que se le hicieron propuestas para evitar los procedimientos a cambio de la suma de dos millones de francos; y que su única razón para no considerar esa proposición fue su desconfianza en las personas que se la habían hecho. “Ellos tomarán mi dinero”, decía él, “y luego hallarán una excusa para ejecutarme, así no podré revelar ningún secreto.” Esto estaba demasiado cerca de la verdad como para ser tolerado; en acuerdo con las autoridades locales, los enemigos

militares de mi padre habían conspirado en su contra; los testigos fueron sobornados, y, finalmente, bajo alguna anticuada ley del lugar, él fue sometido de modo secreto a una forma de tortura que aún subsiste en el este de Europa.

Se hundió bajo el tormento y la degradación. Yo, también, no por haberlo reflexionado, sino por un impulso de indignación filial, dejé escapar la verdad en una conversación con mi madre. Y ella...; pero deseo conservar el curso natural que llevaron las cosas. Mi padre murió; pero había tomado tales medidas, concernientes a mi persona, que sus enemigos nunca pudieron beneficiarse con su propiedad. Mientras tanto, mi madre y hermanas cerraron los ojos de mi padre; acompañaron sus restos a la tumba, y en cada acto conectado con esta última triste ceremonia se vieron envueltas en insultos y degradaciones demasiado fuertes para la tolerancia humana. Mi madre, que se había tornado ahora incapaz de dominarse a sí misma en la furia de su justo pesar, públicamente y en la corte denunció la conducta de la magistratura; acusó a algunos miembros de tener los más viles propósitos para con ella; los acusó de ser un organismo que había utilizado instrumentos de tortura sobre mi padre; y, por último, los acusó de haberse confabulado con los opresores militares franceses del distrito. Este último fue un cargo bajo el que ellos se acobardaron, pues por aquel momento los franceses se habían hecho odiosos para cualquiera que conservara una chispa de patriotismo. Mi corazón se hundió dentro mío cuando levanté la vista hacia el escaño, ese tribunal de tiranos, todo morado o lívido de ira; cuando los miré alternadamente a ellos y a mi noble madre con sus sollozantes hijas; éstas tan impotentes, aquellos tan vilmente vengativos y tan omnipotentes por su localía. De buen grado hubiera yo sacrificado todos mis bienes por un simple permiso para abandonar esta infernal ciudad, junto con mis pobres parientes mujeres seguros y sin deshonra. Pero muy distintas eran las intenciones de esa encolerizada magistratura. Mi madre fue arrestada, acusada de algunos delitos como el del asesinato de su cónyuge, o *scandalum magnatum*, o el de sembrar sedición; y, aunque lo que había dicho era cierto ¿Dónde, ¡ay!, habría ella de buscar evidencias? Aquí surgía la necesidad de hombres nobles. Los hombres nobles, aun cuando hubieran sido igualmente tiránicos, renunciarían con vergüenza a tomar venganza sobre una mujer. ¡Y qué venganza! ¡Oh, poderes celestiales! ¡Tener que vivir algo así para poder mencionarlo! ¡El hombre, nacido de mujer, infligiendo a la mujer castigos personales sobre su desnuda espalda, y en medio de las calles a mediodía! Incluso para mujeres cristianas, el castigo asignado por las leyes para la ofensa en cuestión era severo. Pero en el caso de las judías, conforme a una de las antiguas leyes contra esa perseguida gente, castigos mucho más rigurosos y degradantes eran anexados para casi todos los delitos. ¿Qué más podía esperarse en una ciudad que recibía a sus visitantes judíos calificándolos en la entrada como a brutas bestias? La sentencia estaba echada, y el castigo sería infligido en dos días distintos, con un intervalo entre ambos -indudablemente para prolongar la tortura mental, pero bajo la vil excusa de alivianar la tortura física. Luego de tres días, llegaría el primer día del castigo. Mi madre consumió su tiempo en la lectura de sus Escrituras nativas; lo consumió en rezo y meditación; mientras tanto, sus hijas se le pegaban y lloraban en derredor suyo día y noche, arrastrándose en el piso a los pies de cualquier persona con autoridad que entrara a la celda de su madre. Ese mismo intervalo, ¿cómo transcurría para mí?. Ahora observa, mi amigo. Cada hombre en funciones, o del que se podía presumir que poseía la menor influencia, cada esposa, madre, hermana, hija de esos hombres, yo los acosé mañana, tarde y noche. Los cansé con mis súplicas. Me arrastré a mí mismo en el polvo; yo, la más soberbia de las criaturas de Dios, me arrodillé y les rogué por la

Librodot

consideración de mi madre. Les imploré que me dejaran sufrir a mí diez veces más grande aquel castigo, en lugar de mi madre. Y en una ocasión o dos *sí* motivé unas pocas lágrimas sinceras -debidas, sin embargo, como me fue dicho, más a la piedad por mí que al desamparo de mi madre. Pero raramente fui escuchado con paciencia; y de algunas casas fui rechazado con ofensas personales. El día llegó: vi a mi madre medio desvestida por los oficiales de menor rango; escuché las puertas de la prisión liberarse; escuché el sonido de las trompetas de la magistratura. Ella me había advertido qué hacer; yo mismo me lo había advertido. ¿Sacrificaría yo una retribución vasta y sagrada, por el momentáneo triunfo sobre un individuo? De no hacerlo, permítanme abstenerme de siquiera asomarme por la puerta; pues sentí que, en el exacto momento en que vi al perro del verdugo alzar su infame mano contra mi madre, más veloz que un relámpago mi puñal debía buscar su corazón. Cuando escuché el griterío de la cruel turba, me detuve -soporté- conteniéndome. Escapé de allí por las veredas de la ciudad con mis pobres exhaustas hermanas, a quienes dejé durmiendo abrazadas dentro del bosque. Luego escuché la vociferante multitud; incluso allí imaginé que podría rastrear la ubicación de mi pobre madre por el sonido de las triunfantes exclamaciones. Allí, incluso allí, incluso en ese momento, hice -¡Oh, silencioso bosque! ¡Tú me oíste cuando lo hice!- un juramento que he conservado muy fielmente. «¡Madre, tú serás vengada: duerme, hija de Jerusalén! Pues finalmente el tirano dormirá contigo.» Y tu pobre hijo ha pagado, en descargo de su juramento, con la pérdida de su propia alegría, de un paraíso abriéndose sobre la tierra, de un corazón tan inocente como el tuyo y un rostro igualmente franco.

Regresé, y encontré que mi madre también lo había hecho. Dormía entrecortadamente, pero se hallaba febril y agitada. Al despertar y verme se ruborizó; como si acaso pudiera pensar yo que la vergüenza había sido, en verdad, arrojada sobre ella. Luego sucedió que le conté sobre mi juramento. Sus ojos relampaguearon con feroz luz por un momento; pero, cuando continué hablando más ansiosamente sobre mis esperanzas y proyectos, pidió que me le acercara, me beso y susurró: “¡Oh, eso no, hijo mío! No pienses en mí -no pienses en venganza- piensa sólo en las pobres Berenice y Mariamne.” Sí, ese pensamiento *estaba* sobrecogiéndome. Pero aun así, esta magnánima y paciente madre, como supe por el relato de nuestra más fiel sirvienta, en la mañana, durante su amargo proceso, se había comportado como podría haberlo hecho una hija de Judas Maccabaeus: había mirado serenamente a la vil muchedumbre, e incluso a ellos los había espantado con su calma; se había resignado a proferir grito alguno cuando el cruel látigo cayera sobre su inmaculada piel. Existe un elemento que hace fácil o no el triunfo sobre los sentimientos naturales de dolor: el grado en que contamos con la compasión de quienes nos rodean. Mi madre no la tuvo al principio; pero mucho antes del final, su belleza celestial, la divinidad de la inocencia agraviada, la súplica por su natural condición de mujer en la mente de las clases más bajas y la reacción de la masculinidad en los hombres, había operado un gran cambio en el gentío. Algunos comenzaban ahora a amenazar a aquellos que habían tomado parte en los insultos. El pavoroso silencio y respeto sucedieron al ruido y al griterío; y sentimientos que ellos apenas lograban comprender gobernaron a la agresiva turba mientras seguían presenciando la paciente fortaleza de su sufrimiento. Las amenazas comenzaron a caer sobre el verdugo. Tal aspecto tomaron las cosas, que los magistrados debieron poner un repentino fin a la escena.

Ese día recibimos el permiso para volver a nuestro pobre hogar en el barrio judío. Desconozco si tú sabes lo suficiente respecto de las costumbres judías como para conocer

que, en cada casa judía en donde las antiguas tradiciones se mantienen, existe una habitación consagrada al caos, una habitación siempre cerrada y separada del uso vulgar, excepto en ocasiones de memorable angustia, donde todo está intencionalmente en desorden; roto, estrellado, mutilado; representados, con símbolos espantosos a la vista, esa desolación que por tanto tiempo ha azotado a Jerusalén y los estragos del jabalí en los viñedos de Judea. Mi madre, como una princesa hebrea, mantenía todos los hábitos tradicionales. Incluso en este miserable suburbio, ella conservaba la "cámara de la desolación." Allí fue donde mis hermanas y yo escuchamos sus últimas palabras. El resto de su sentencia se llevaría a cabo en el lapso de una semana. Ella, mientras tanto, se rehusaba a expresar cualquier palabra de temor; pero esa energía de autodominio no hacía el sufrimiento sino más amargo aun. Fiebre y una horrible perturbación la invadían ahora. Sus sueños eran suficientes para mostrarnos a nosotros, quienes observábamos su lecho, que el terror por el futuro se entremezclaba con el sentimiento de degradación en el pasado. La naturaleza hacía valer sus derechos. Pero cuanto más se alejaba del sufrimiento, tanto más proclamaba lo severo que éste había sido y, en consecuencia, qué tan noble su victoria personal. Con todo, junto con el crecimiento de su debilidad crecía su terror. Entonces le supliqué que permaneciera tranquila, asegurándole que, en caso de cualquier intento de forzarla nuevamente a la exposición pública, yo mataría al hombre que viniera a ejecutar la orden; que todos moriríamos juntos; y allí habría un final conjunto a sus injurias y sus temores. Ella durmió más apacible, pero su fiebre crecía; y lentamente fue entrando en ese sueño eterno que no conoce mañana.

Aquí vendría una crisis en mi destino. ¿Debía quedarme y procurar proteger a mis hermanas? Pero, ¡ay! ¿qué poder tenía yo para hacerlo, hallándome entre nuestros enemigos? Rachael y yo deliberamos; y varios proyectos fueron planeados. Justo cuando esto hacíamos, y la misma noche en que mi madre habría de encomendarse a la necrópolis judía, un oficial llegó portando la orden, dirigida a mí, de partir hacia Viena. Cierto oficial del ejército francés, habiendo observado los sucesos relacionados con mis padres, se sintió lleno de vergüenza y pesar. Envió por escrito una declaración sobre todo aquello a un oficial austriaco de rango, el amigo de mi padre, quien obtuvo del emperador una orden solicitándome como su propio criado y oficial en el servicio doméstico. ¡Oh, cielos! ¡Qué descuido el que esto no incluyera a mis hermanas! No obstante, lo mejor a mi alcance era que podría usar mis influencias en la corte imperial para lograr pasarlas a Viena. Así lo hice, empleando mis mejores recursos. Pero siete meses transcurrieron antes de que pudiera ver al emperador. Si mis solicitudes llegaban alguna vez ante sus ojos, él podría rápidamente suponer que tu ciudad, mi amigo, era un lugar tan seguro como cualquiera para mis hermanas. Distinto pensaba yo conociendo todos sus peligros. Finalmente, con la ausencia del emperador, regresé. Y, ¿qué encontré? Ocho meses habían pasado, y la fiel Rachael se hallaba muerta. Las pobres hermanas, esperando juntas, pero no totalmente seguras de algunas amistades, no sabían que determinación tomar. En este abandono, cayeron en las viles manos del rufián carcelero. La mayor de mis hermanas, Berenice, la más imponente y noble de las bellezas, había atraído la admiración de este rufián mientras estaba en prisión con su madre. Y cuando regresé a tu ciudad, en poder del pasaporte imperial para todos nosotros, hallé que Berenice había muerto en custodia del villano; ni siquiera pude obtener algo más que un certificado legal de su muerte. Y, finalmente, la vivaz, sonriente Mariamne, también murió; debido a la angustia sufrida por la muerte de su hermana. Tú, mi amigo, has estado ausente por tus viajes durante la calamitosa historia que

te he narrado. Jamás has visto a mi padre o mi madre. Pero llegaste a tiempo para tomar bajo tu protección, del aborrecible infeliz carcelero, a mi pequeña desconsolada Mariamne. Y cuando, en ocasiones, imaginaste que me habías visto antes, había sido en ella, mi querido amigo, y en sus rasgos, en donde habías visto los míos.

El mundo era ahora para mí un desierto. Poco me importaba, en cuanto al amor, qué rumbo tomar. Pero respecto del odio todo me importaba. Me transferí al servicio ruso, con el propósito de obtener algún nombramiento en la frontera polaca, lo cual podría ponerme en camino de cumplir con mi juramento de aniquilar a todos los magistrados de tu ciudad. La guerra, sin embargo, se hizo más intensa y me llevó a otras regiones lejanas. Cesó, y hubo pocas esperanzas de que otra generación la viera renacer; pues quien había perturbado la paz era prisionero para siempre y todas las naciones se hallaban exhaustas. Entonces se volvió necesario que adoptara alguna nueva forma de ejecutar mi venganza; y más aún porque, anualmente, morían algunos de aquellos a quienes yo tenía por misión castigar. Una voz se elevaba hacía mí, día y noche, desde las tumbas de mi padre y mi madre, pidiéndome venganza antes de que fuera demasiado tarde.

Fue así que tomé las medidas necesarias: muchos judíos estaban presentes en Waterloo. De entre ellos, todos irritados contra Napoleón por las expectativas que había generado con su gran asamblea de judíos en París, resultando finalmente en algo decepcionante, seleccioné a ocho, a quienes conocía íntimamente como hombres endurecidos contra los movimientos de la compasión por la experiencia militar. Con estos como mis sabuesos, durante un tiempo cacé en tu bosque antes de emprender mi campaña original; y me sorprende que ustedes no escucharan de la muerte con que se encontró el verdugo -me refiero a aquel que osó levantar su mano contra mi madre. Me topé con este hombre, por accidente, en el bosque; y lo maté. Hablé con el miserable, en principio como un desconocido, sobre el memorable caso de la dama judía. Si él se hubiese aplacado, si se hubiese mostrado compungido, quizás yo me hubiese aplacado. Pero, muy por el contrario: el perro, sin soñar siquiera con quién hablaba, se regocijó; él... ¿Pero para qué repetir las palabras del villano? Lo corté en pedazos. Luego hice lo siguiente: matriculé por separado a mis secuaces en el colegio, y adquirieron la vestimenta correspondiente. Y ahora, advierte la solución de ese misterio que tanta perplejidad causó. Simplemente como estudiantes, todos nosotros éramos confiadamente admitidos en cualquier casa. Justo en aquel entonces era una práctica común, como recordarás, entre los estudiantes más jóvenes, las salidas de enmascarados -esto es, entrar a las casas con la vestimenta académica y con la cara cubierta por una máscara. Esta práctica continuó incluso durante el momento de más intensa alarma por los asesinatos; pues se suponía que la indumentaria de los estudiantes traía, junto con ella, protección. Pero, aun cuando la sospecha se hubo conectado con la propia vestimenta, fue suficiente con que yo me presentara sin la máscara a la cabeza del grupo enmascarado para asegurarle una amistosa recepción. De aquí la facilidad con que tanta muerte fue infligida, y esa inexplicable ausencia de indicios luego de una alarma. Yo tenía a mi víctima, y ésta me miraba sonriendo con seguridad. Las armas eran ocultadas bajo nuestras togas académicas; e incluso cuando las extraíamos, y al momento de dirigirlas en amenaza, ellos todavía suponían nuestros gestos como parte de una pantomima que estábamos llevando a cabo. ¿Gocé con este abuso de confianza personal en mí? No; me repugnó, y me lamenté por su necesidad; pero mi madre, un fantasma que no veía con mis ojos sino que estaba siempre presente en mis pensamientos, continuamente aparecía ante mí; y así gritaba con fuerza a mi pasmada víctima: “¡Esto viene de la judía! ¡Sabuesa de sabuesos!

¿Recuerdas a esa judía a quien ustedes deshonraron, y los juramentos que rompieron para así poder deshonrarla, y la justa ley que violaron, y el llanto de angustia de su hijo, de quien se burlaron?". Quién era yo, qué vengaría, y a quién, se lo hice saber a cada hombre y a cada mujer antes de castigarlos. No me es necesario repetir los detalles de aquellos casos. Uno o dos, obligadamente, al principio, debí cometerlos contra mis propios judíos. Con todo, la sospecha fue desviada desde un comienzo por notarse mi presencia en todas partes; mas tuve especial cuidado en que no sufriera nadie que no estuviese, ya en la culpable lista de los magistrados que condenaran a la madre, ya entre aquellos que habían dado la espalda burlonamente a las súplicas de su hijo.

Pareció bien a Dios, sin embargo, el colocar una poderosa tentación en mi camino que acaso pudiera persuadirme de abandonar todo pensamiento de venganza, de renunciar a mi juramento, de olvidar las voces que me llamaban desde la tumba. Ésta era Margaret Liebenheim. ¡Ah! Qué terrorífico parecía mi deber de sangrienta retribución, luego de que su angelical rostro y angelical voz me serenaran. Respecto de su abuelo, extraño es decirlo, nunca hizo a mi inocente esposa verse tan adorable como, precisamente, en su relación de nieta. Tan hermosa era su bondad para con el anciano, y tan divina su pueril inocencia, contrastada con los culpables recuerdos asociados a él -pues se hallaba entre los más culpables por lo de mi madre- que demoré SU castigo para el final; y, por el bien de su niña, hubiera podido incluso perdonarlo. No sólo eso: me había resuelto a hacerlo, cuando un furioso judío, que guardaba un profundo rencor hacia este hombre, juró que él cumpliría SU venganza a toda costa, y que quizás se vería obligado a incluir a Margaret en la aniquilación, a menos que yo me adhiriera al plan original. Entonces debí ceder, pues las circunstancias armaban a este hombre de un poder momentáneo. Pero la noche acordada fue una en que tenía razones para creer que mi esposa estaría ausente, pues yo mismo lo había organizado con ella; y la infeliz des-organización no puedo todavía comprenderla. Déjenme agregar que el único propósito de mi casamiento clandestino era el de atormentar la mente de su abuelo con la idea de que SU familia había sido deshonrada, así como él había deshonrado a la mía. Él se enteró, tal como me aseguré que sucediera, de que su nieta cargaba consigo las promesas de una madre, y desconocía que ella contaba con la autorización que una esposa tiene para hacerlo. Este descubrimiento, en un día, lo volvió partidario del casamiento al que antes se oponía; y este descubrimiento también hizo más amarga la miseria de su muerte. En ese momento sólo atinaba a pensar en los males de mi madre; pero, a pesar de todo lo que podría yo hacerle, veía a este anciano en términos de abuelo de Margaret: y de reservarme aquello sólo para mí, él podría haberse salvado. Sin embargo, nunca hubo un espanto igual al mío cuando la vi venir corriendo en su ayuda. Yo contaba con su ausencia; y la angustia de ese momento, en que su mirada cayó sobre mí justo en el acto de capturar a su abuelo, por lejos superó todo lo que yo había sufrido en esas terribles escenas. Ella se desmayó en mis brazos, y uno más y yo la cargamos por las escaleras y le dimos agua. Mientras tanto, su abuelo había sido asesinado, todavía con Margaret desmayada. Yo, no obstante, bajo el temor de ser descubiertos, aunque nunca anticipando ese encuentro con ella, había previsto la explicación necesaria en tal caso para hacer inteligible mi conducta. Le había contado a ella, bajo nombres falsos, la historia de mi madre y mis hermanas. Sabía de sus tormentos: me había oído afirmar sobre los derechos de venganza. Por consiguiente, en nuestra conversación de despedida, sólo una palabra era suficiente para ubicarme en una nueva posición dentro de sus pensamientos. Sólo necesitaba decir que yo era ese hijo; que esa infeliz madre, tan miserablemente

degradada y ultrajada, era la mía.

En cuanto al carcelero, era conocido por varios de nosotros. Sin sospechar que ninguno pudiera estar conectado con la familia, fue incitado a hablar sobre los más repugnantes detalles respecto de mi pobre Berenice. Según indicó, la niña no había salvado su propia deshonra, pero había mantenido noblemente la dignidad de su sexo y su familia. Tales abusos, que el monstruo pretendía lograr sobre ella -enferma, desolada y más tarde desvariante-, fueron conquistados, por su propia confesión, no sin violencia. Aquello fue demasiado. Cuarenta mil vidas, si él las hubiera poseído, no podrían haber satisfecho en aquel momento mi sed de venganza. Con todo, de haber mostrado coraje, hubiera sufrido la muerte que sufre un soldado. Mas el miserable demostró la más abyecta cobardía, y... pero tú sabes ya su destino.

Ahora, entonces, todo ha terminado, y el género humano ha sido reivindicado. Empero, si te lamentas por el derramamiento de sangre y el terror, piensa en los males que originaron mis derechos; piensa en el sacrificio por el que di un décuplo poder a esos derechos; piensa en la necesidad de una espantosa conmoción y sacudida a la sociedad, para llevar mi lección a los consejos de los príncipes.

Esto ahora será realizado. Y vosotros, víctimas de la deshonra, serán glorificados en sus muertes; vosotros no habrán sufrido en vano, ni muerto sin un homenaje. Duerme, entonces, hermana Berenice; duerme, amorosa Mariamne, en paz. Y tú, noble madre, deja a los ultrajes sembrados en tu deshonra crecer de nuevo y florecer en amplias cosechas de honor por la mujer de tu dolida raza. Duerman, hijas de Jerusalén, en lo sagrado de sus padecimientos. Y tú, si es esto posible, aun más amada hija de una comunidad cristiana cuya compañía le fuera muy pronto negada en vida, abre tu sepulcro para recibirlo a ÉL, quien, en la hora de la muerte, no desea recordar ningún otro título de los que vistiera en la tierra que el de tu elegido y adorador amante,

MAXIMILIAN.”